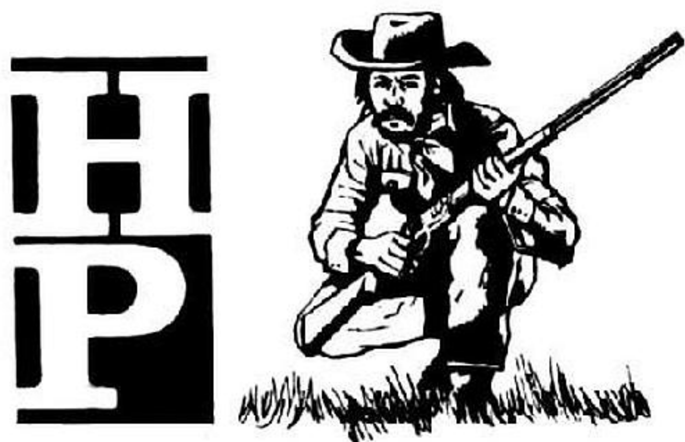


Duelo en la llanura

Keith Luger



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

DUELO EN LA LLANURA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 466
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 34571-1978

Impreso en España - Printed in Spain

3 ª edición: diciembre, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El sol enviaba sus rayos devastadores sobre la llanura roja.

Dos jinetes cabalgaban levantando una gran polvareda a su paso. Uno de ellos arrastraba atado a la silla a un hombre, el cual hacía esfuerzos por seguir el ritmo de la corta galopada. Sus manos estaban trabadas por la cuerda de cáñamo y todo él aparecía cubierto de polvo y de sudor. Era un hombre joven de unos veinticinco o veintiséis años de edad, moreno, de piel tostada por el sol. El cansancio había hecho mella ya en su vigoroso cuerpo y respiraba entre cortos jadeos.

De vez en cuando, el jinete que conducía el prisionero volvía la cabeza, y entonces sus labios sonreían.

De pronto, el otro *cowboy* detuvo su montura y señaló hacia una ola de polvo que se elevaba en el horizonte y que poco a poco ganaba en tamaño.

—Debe de ser Clifford, Gene.

El llamado Gene tiró también de las bridas, y después de permanecer unos segundos atento al punto que le indicaba su compañero, soltó un salivazo en la tierra y dijo:

—Seguro que es él.

Miró otra vez al cautivo y lo vio descansando, de pie, llenando los pulmones de aire entrecortadamente.

—Bien, Tony. Ahí lo tienes.

Tony contempló también el polvo rojizo que se elevaba a lo lejos, y así permaneció, sin decir nada.

De pronto, un buitre graznó en el aire y Gene levantó la mirada al cielo. Descubrió al pajarraco sobrevolando por encima de su cabeza. Pareció dirigirse hacia el sur, pero, de pronto, dobló el ala y empezó a trazar un círculo.

Gene soltó una risotada.

—Estos bichos son inteligentes, ¿eh, Tony? Se han dado cuenta de que pronto tendrán carnada.

Tony no hizo ningún comentario.

La tierra empezó a trepidar. Los jinetes se fueron delimitando conforme se acercaban.

Eran seis. Al frente del grupo iba un hombre de unos treinta años de edad, de cabello rubio. Su cara denotaba una terrible energía y sus ojos azules brillaban fieramente. Montaba un hermoso potro de pelaje blanco.

Gene y el otro *cowboy* se estiraron en las sillas, componiendo sus figuras.

—Lo cazamos, señor Merriman —declaró Gene.

Clifford Merriman, el hombre rubio, clavó la mirada en el prisionero. Éste lo observó también.

Los cinco jinetes que habían venido acompañando a su jefe permanecían quietos en las sillas, guardando un sepulcral silencio.

Clifford Merriman descendió de la montura y echó a andar despaciosamente hacia donde se hallaba Tony. Se detuvo muy cerca de éste y lo siguió mirando durante un rato.

—¿Cómo estás, Tony Halley? —preguntó en voz muy baja.

Tony abrió las fauces como si fuese a dar una dentellada.

—Ya lo ve, Clifford. Sus verdugos me atraparon.

—Sigues siendo el mismo, ¿eh, Tony? —Clifford Merriman sonrió—. Sangre turbulenta.

—Es usted un cínico.

—Cierra la boca, muchacho.

—Eso no haría cambiar las cosas. ¿Verdad, señor Merriman?

—No, no las haría cambiar.

—Cometerá conmigo igualmente un asesinato.

Clifford ladeó la cabeza sin dejar de observar al cautivo.

—¿Un asesinato, Tony? Tú no debes decir eso.

—¿Qué cree que es?

—Será un ajusticiamiento.

Tony Halley sonrió despectivamente.

—La comarca conoce ya demasiado sus pretendidos ajusticiamientos. No puede engañar a nadie, Clifford. Usted está matando desde que tuvo uso de razón. Aunque a veces me pregunto

si usted lo ha tenido alguna vez.

Clifford abrió más los ojos mientras sus músculos faciales se atirantaban.

—¿Qué quieres dar a entender, Tony Halley?

—Su cabeza no le funciona bien, Clifford.

—Ya. Estoy loco.

—Sí, Clifford, lo está.

—¡Maldito canalla! ¡Perro miserable!

Clifford Merriman se abalanzó sobre Tony y le golpeó con el filo de la mano en el cuello. Su víctima se desplomó de rodillas en el polvo y en esa posición, Clifford le pegó una patada en un costado.

Tony rodó por el suelo hasta que la cuerda se puso tirante.

Clifford lo apuntó con el dedo índice.

—¡Tú te lo has buscado, Tony Halley! ¡No culpes a nadie de tu muerte! ¡La llamaste a gritos porque te pusiste enfrente de mí!

Tony Halley se puso de rodillas y levantó la mirada, depositándola en el rostro de Clifford.

—Te crees un dios, Clifford. Siempre lo has creído. Para ti nadie cuenta en el mundo más que tú. Estás lleno de soberbia y de orgullo. Sé que otros te lo han dicho antes que yo y que esta vez tampoco te servirá de nada.

Clifford puso los brazos en jarras y empezó a reír jactanciosamente.

—¿Lo oís, chicos? Soy un dios.

—No lo tomes a broma, Clifford Merriman —repuso Tony—. Estás convencido de que puedes hacer tu voluntad impunemente. Para ti no existen los demás, ni tiene ningún valor la sociedad. Dices que toda la comarca de Parker Dam es tuya, sólo porque tu padre fue el primero en llegar hasta aquí.

—Él la compró a los indios.

—No, Clifford. Tú sabes que eso no es verdad. Sólo hizo que robársela a los indios.

—¡Cállate! —gritó Clifford, las venas del cuello hinchadas.

Tony Halley se puso en pie.

—¿Cuántas millas de territorio tienes en tu poder, Clifford? ¿Veinte? ¿Cincuenta? ¿O son quizá cien, Clifford?

Clifford echó el torso hacia delante, el rostro desencajado.

—¿Y qué infiernos te importa a ti, aunque fuesen mil?

—Aquí hay tierra para mucha gente, Clifford.

—Es mía. ¿Lo entiendes? ¡Mía!

Tony Halley meneó la cabeza de un lado a otro.

—No, Clifford, no lo es, a pesar de tus gritos —levantó la mirada hacia los jinetes y de tus verdugos.

Clifford miró también a sus muchachos observando sus caras. Todos ellos eran hombres duros, curtidos en la fatiga, y muchos de ellos habían conocido la cárcel, y los que no sabían todavía lo que era un encierro, habían merecido más de tres veces la horca, porque eran unos asesinos. Y él, Clifford, lo sabía, pero todos ellos formaban un ejército estupendo. Justamente el que necesitaba para que el nombre de Merriman siguiese siendo respetado.

—¿Quién de vosotros está más tiempo en el rancho?

Un hombre de unos cuarenta y cinco años levantó el brazo. Su mejilla desde la oreja hasta la comisura del labio, estaba surcada por una vieja cicatriz.

—Yo, señor Merriman —declaró.

—¿Cuántos años hace que estás conmigo?

—Diecisiete. De ellos, once estuve a las órdenes de su padre.

—¿Y de quién era la tierra de Parker Dam cuando tú llegaste aquí, Casey?

—Del señor Merriman.

—¡Di el nombre completo!

—De Sam Merriman.

Clifford dobló la cabeza hacia Tony Halley mostrando los dientes en una sonrisa de animal carnicero.

—¿Lo has oído, maldito embustero? —Alargó el brazo señalando a Casey—. ¡Parker Dam era ya de los Merriman diecisiete años atrás! ¿Qué dices a eso?

—Los ciudadanos deben dar las gracias porque a los Merriman no se les haya ocurrido tomar posesión de todo Nuevo México.

Clifford apretó los labios.

—¡Te advertí que te ganarías una ración de plomo si continuabas en mi tierra!

Tony Halley sonrió sarcásticamente.

—¿Cuál es tu título, Merriman? ¿Cómo puedes demostrar que la tierra de Parker Dam es tuya?

Hubo un silencio. Los ojos de Clifford brillaban enfebrecidos. De

pronto, cerró el puño derecho y lo levantó en el aire. Las venas y los tendones resaltaron sobre la piel.

—¡Éste es mi título! —gritó.

—Ahora has dicho la verdad. ¿Hasta dónde vas a llevar la violencia, Clifford?

—Hasta donde sea preciso.

—Has matado a muchos, Clifford. Esta tierra que tú consideras tuya está regada con sangre que no es de los Merriman. Y bajo ella descansan huesos de gentes que tú y tu padre hicisteis enterrar. Huesos de hombres que vinieron de muy lejos pensando que en Parker Dam encontrarían una vida mejor. ¡Y vosotros los asesinasteis!

La cara de Clifford parecía la de un loco.

—¡Te cortaré la lengua, Tony Halley!

—Es lo que tu padre fue y lo que tú eres ahora. ¡Un asesino!

Clifford se abalanzó otra vez sobre el prisionero, pero ahora Tony Halley levantó los brazos y los descargó con todas sus fuerzas contra su enemigo. Clifford logró ladear la cabeza, pero aun así recibió el impacto en el hombro y se derrumbó en el suelo lanzando un quejido. Se levantó muy aprisa y eso fue peor para él, porque Tony Halley había quedado muy cerca y le incrustó la rodilla en la cara.

Clifford rodó de nuevo por el suelo, las manos sobre el rostro, lanzando un alarido.

Uno de los jinetes desenfundó el revólver y apuntó con él a Tony Halley, pero éste, a pesar de la amenaza, hizo un gesto de acercarse a Clifford, y entonces Gene tiró violentamente de la cuerda que trababa al prisionero, el cual se desplomó en el polvo antes de que pudiese golpear de nuevo a Merriman.

Por unos instantes sólo se oyeron los jadeos de Tony y Clifford.

Luego, ambos se levantaron.

Clifford se quitó las manos de la cara viéndoselas bañadas en sangre. Por uno de los orificios de su nariz brotaron rojizas burbujas.

—¡Maldito! —gritó—. ¡Te voy a hacer pedazos!

Tony Halley levantó sus manos atadas.

—Te será fácil, Clifford. Anda, mátame. Apenas puedo defenderme. Será algo digno de un Merriman.

Clifford se le quedó mirando goteándole la sangre por la barbilla.

—¡Gene! —exclamó.

—Diga, señor Merriman —repuso el aludido.

—Córtale las ligaduras.

Sobrevino una pausa. Gene no se movió de la montura.

—¿Para qué se va a arriesgar, señor Merriman? —dijo.

—¿Es que no me has oído? —chilló Clifford, mirando al vaquero —. ¡Te he dicho que le cortes esa cuerda!

Gene sacudió la cabeza en sentido afirmativo y puso pie en tierra. Sacó un cuchillo de monte de su cintura y se acercó al prisionero. Todavía vaciló unos instantes, pero, por último, pasó la hoja de acero por debajo de la soga de cáñamo y con dos movimientos rápidos dejó libre a Tony Halley.

El buitre seguía trazando círculos alrededor de aquel grupo de hombres.

Tony Halley retrocedió un paso frotándose las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

Clifford lo observó con ojos entrecerrados.

—Bien, Tony Halley. Ya estás libre.

Tony se humedeció los labios con la lengua.

—¿Qué pretendes, Clifford?

—Te quejabas antes de que no podías defenderte. Ahora puedes hacerlo. ¡Vamos! ¿Qué estás esperando? ¡Atácame!

Tony Halley permaneció inmóvil.

Clifford se pasó una mano por debajo de la nariz. Ya había dejado de sangrar.

—¿Qué te pasa, Halley? Hace un rato parecías un valiente.

Tony meneó la cabeza.

—Nunca pego el primero.

Clifford soltó una risotada.

—¿Qué os parece eso, muchachos? Teníamos un santón entre nosotros, y no lo sabíamos.

Los jinetes corearon la carcajada de su jefe.

Clifford respiró profundamente. Luego echó a andar acercándose a Tony, el cual lo esperó a pie firme.

Los dos rivales quedaron muy próximos mirándose fijamente.

De pronto, Clifford estrelló el puño en la mejilla del joven.

Tony Halley se desplomó en tierra y Clifford fue detrás de él para seguir castigándolo.

Pero Tony se puso en cuclillas y en aquella posición golpeó con terrible fuerza en el estómago de Clifford. Éste soltó una maldición mientras se agachaba, y precisamente, en ese momento los nudillos de Halley percutieron contra su maxilar izquierdo.

Los jinetes vieron que su patrón daba una vuelta de campana en el suelo.

Halley quedó con las piernas abiertas en compás, los brazos caídos a lo largo de sus costados.

Clifford lo miró también desde el polvo, y su cara empezó a transfigurarse. Se fue incorporando lentamente y luego se arrojó de nuevo sobre Halley y éste trató de frenarlo golpeándole en el plexo solar, pero Clifford desvió el puño y replicó con un izquierdazo a la cara del joven. Las piernas de éste se doblaron y ése fue el momento que Clifford aprovechó para descargarle una lluvia de golpes, en el hígado, en el riñón, en el estómago.

Tony Halley ya no tuvo energías para continuar defendiéndose y sus brazos se abatieron, perdido el vigor.

Clifford lo machacó con golpes secos, a placer. Por último, aunó todas sus fuerzas en el brazo derecho y descargó el puño en la boca de Halley.

Tony se abatió una vez más sobre la tierra roja y allí quedó completamente inmóvil, derrotado.

Clifford observó a sus pies al caído.

Uno de los jinetes gritó:

—¡El patrón ha ganado!

Se oyeron algunos vítores.

Clifford volvió la cabeza mirando a sus muchachos.

—Esto lo debieran saber todos. ¡Pregonadlo a los cuatro vientos! ¡No se puede burlar a un Merriman!

Tony Halley empezó a moverse en el suelo.

Clifford gritó de nuevo:

—¡Gene!

—A la orden, patrón.

—Dale un revólver a Halley.

Gene, que no había vuelto a montar en la silla, arrugó el ceño mirando a su jefe.

—¿Para qué, patrón?

—¡No hagas preguntas, estúpido, y obedece!

—Sí, señor.

Gene desenfundó un «Colt» y lo arrojó hacia Tony.

El joven abrió las palmas de las manos en el polvo rojo y sacudió la cabeza tratando de recuperarse. Poco a poco, levantó la mirada hasta depositarla en la figura de Clifford.

—Ganaste, Merriman.

Clifford sonrió jactanciosamente.

—¿Lo dudaste algún momento Tony?

—Lo habría dudado si tus verdugos no me hubiesen hecho correr a pie tres millas.

Clifford se puso muy serio.

—Los cobardes siempre tenéis una excusa.

—No soy un cobarde y tú lo sabes, Merriman.

—¡Lo eres, Tony Halley! Y si quieres demostrar lo contrario, ahí tienes un revólver, a tus espaldas.

Tony Halley no volvió la cabeza, de momento. Se quedó mirando la cara de Clifford. Luego, poco a poco, fue girando hasta que sus ojos encontraron en la tierra el «Colt» que pertenecía a Gene.

Empezó a mover la diestra hacia la culata y entonces se dio cuenta de que sus dedos temblaban. Detuvo el movimiento de su brazo tragando saliva.

Clifford y los demás hombres lo miraban atentamente.

El buitre soltó un graznido, quizá en son de protesta porque esperaba demasiado rato.

El sol, en lo más alto del cielo, era un disco de blancura cegadora.

Tony Halley siguió alargando la mano, y al fin sus dedos entraron en contacto con la culata del revólver. En aquel instante, oyó la voz de Clifford.

—Tienes tres segundos para disparar.

Tony aferró el revólver y se revolvió en el suelo como, una centella, listo para apretar el gatillo.

Clifford desenfundó el arma que gravitaba sobre su cadera derecha e hizo fuego una, dos, tres veces.

Tony Halley recibió los impactos en el pecho y en el estómago.

Clifford había sido tan rápido que no le había dejado oportunidad siquiera para hacer un solo disparo.

El buitre, asustado por los estampidos, batió las alas tomando altura.

Tony Halley dejó caer el revólver al suelo y sus labios se comprimieron en un rictus de dolor. Sus ojos miraron a Clifford Merriman.

—Llegué al final, tirano.

—Tú lo quisiste, Tony Halley.

Tony fue a decir algo, pero las tripas le quemaban y cerró los ojos con fuerza mientras abría las fauces para tragar aire.

Por unos segundos, en aquel lugar de la tierra reinó un silencio de muerte.

Luego, Tony Halley abrió los párpados, y sus ojos miraron otra vez a Merriman.

—¡Puerco! —gritó con sus últimas fuerzas.

Seguidamente, se desplomó golpeando el rostro contra la tierra.

Clifford permaneció un rato mirando el cuerpo del joven. Hizo con la cabeza una señal a Gene.

El vaquero se acercó a Tony Halley y se agachó sobre él poniéndole una mano en el corazón. Luego, se enderezó mirando a su jefe.

—Ha muerto, patrón.

Siguió otro silencio.

Por último, Clifford Merriman dijo:

—Volvamos al rancho. Esto se acabó.

Fue a donde estaba su potro blanco y montó ágilmente en la silla. El grupo se puso en marcha alejándose del lugar donde quedaba al sol el cadáver de Tony Halley.

El buitre empezó a trazar círculos más cortos.

CAPÍTULO II

Clifford Merriman entregó las bridas de su caballo a uno de los peones y se despidió de los hombres que le habían acompañado hasta la llanura roja en busca de Tony Halley.

Luego subió al porche donde le esperaba una mujer.

—¿Cómo está, señora Merriman? —dijo Clifford.

La abrazó por la cintura, atrayéndola hacia sí.

Susan Merriman, la esposa de Clifford estaba pollos veintiocho años de edad y era un hermoso tipo de mujer. Esbelta de pronunciadas curvas, cabello negro, y ojos azules, grandes, provistos de sedosas pestañas, los pómulos ligeramente hundidos y los rojos labios salientes, sensuales.

Clifford la besó en la boca, pero aunque ella se dejó abrazar, no hizo nada por prolongar el beso.

Él le cogió las manos y las apretó suavemente mientras la miraba a la cara.

—Está muy bonita esta mañana, señora Merriman.

Susan echó la cabeza atrás para quitarse la guedeja de cabello rebelde que le caía por un lado de la cara.

—¿Dónde fuiste, Clifford?

—A reunir el ganado extraviado.

Ella le miró las botas y luego repuso:

—No sabía que el ganado se extraviase ahora por la llanura roja.

Clifford quedó unos instantes en suspenso, y luego se echó a reír.

—Es algo estupendo eso de tener una mujer policía.

—¿Con quién pelaste, Clifford?

Merriman se tocó la nariz.

—No es nada, dulzura.

—No me irás a decir que te caíste del caballo.

Clifford empezó a ponerse serio.

—¿Y qué si te lo dijese, mujercita?

—No te creería.

—No, supongo que no. —Intentó abrazarla otra vez—. Fue una tontería. Uno de los muchachos me desobedeció una orden y tuvimos una pelea.

—¿Quién fue, Clifford?

—Gene. Y ahora ya basta de preguntas, señora Merriman. ¿Es así como vas a recibir a tu marido después d£ dos días de ausencia? ¿Sabes una cosa? Tengo ese condenado polvo rojo metido en el tuétano. Voy a tomar un baño y tú, mientras tanto, me prepararás unos estupendos huevos con tocino.

La hizo girar bruscamente y la golpeó en la cadera con la palma de la mano.

—Vamos, dese prisa, señora Merriman.

No esperó a oír una respuesta de ella, sino que se coló en la casa, encaminándose a su habitación del piso superior.

Una hora más tarde, bajó limpio y aseado, oliendo al propio perfume que él había adquirido dos meses antes en su último viaje a Santa Fe.

En el comedor no había nadie, y ya se disponía a tocar una campanilla cuando vio entrar a Susan portando una bandeja.

—Caramba, señora Merriman —dijo él, levemente—. Ignoraba que formase parte de la servidumbre.

Susan cerró la puerta con el codo y dejó la bandeja sobre la mesa.

Clifford observó los platos. Además de los huevos con tocino, había un gran trozo de *pudding* de manzana.

Ocupó la silla y empezó a comer con mucho apetito. De pronto, se dio cuenta de que Susan seguía a su lado de pie.

—¿No se sienta, señora Merriman? —La miró sonriente.

La joven negó con la cabeza y cruzó los brazos poniéndose a pasear.

Clifford encogió un hombro y continuó comiendo.

Estaba dando cuenta del *pudding* de manzana cuando oyó la voz de Susan a sus espaldas:

—¿Viste a Tony Halley?

Clifford dejó de mover los maxilares.

—¿Por qué había de verlo? —repuso, precavidamente.

—Estuve hablando con Luke.

—¿Sí?

—Me dijo que Tony Halley había construido una cabaña en las tierras bajas del Cañón del Esqueleto.

Reinó un silencio. Clifford cortó un trozo de pastel valiéndose del cuchillo y tenedor. Luego, dijo:

—Resulta difícil meter en la mollera de la gente ciertas cosas. Susan. Ahí tienes a Tony Halley. Le advertí que aquella tierra era mía. ¿Y de qué sirvió? —Se echó a reír—. Figúrate que Tony Halley había arado un par de acres. Sí señora Merriman, eso es lo que hizo, como si aquellas tierras fuesen suyas.

—Parker Dam es muy grande, Clifford.

—No necesito que me lo recuerdes, Susan. Siempre he sabido cuán grande es Parker Dam.

—Aunque hombres como Tony Halley ocupasen las tierras bajas del Cañón del Esqueleto, siempre te quedaría a ti suficiente terreno para el rancho.

—¡No! —gritó Clifford.

Durante un rato solamente, oyó su propia respiración jadeante. Cerró los ojos y los volvió a abrir, y entonces se dio cuenta que su mano derecha apretaba con demasiada fuerza el mango del cuchillo.

Ovó de nuevo a Susan.

—Hay cosas que no puedo silenciar. ¿Qué hiciste con Tony Halley?

Clifford apretó los dientes mientras sus ojos se movían inquietos.

Susan preguntó otra vez:

—¿Dónde está Tony Halley?

Clifford se volvió furioso, los ojos chispeantes. Susan estaba junto a la ventana, mirándolo.

—¿Quiete saberlo de verdad, señora Merriman?

Ella se mojó el labio inferior con la lengua.

—Sí, Clifford.

—Lo maté.

Hubo un largo minuto de silencio entre los dos esposos, y ella lo siguió observando.

—¿Qué te pasa? —chilló Clifford—. ¿Por qué me miras así? —

Nuevas pausas—. ¿Es que no me oyes? ¡Deja de mirarme!

—Lo temí desde que Luke me contó lo de Tony Halley. Sabía que no descansarías hasta matarlo.

Clifford se levantó tan bruscamente que la silla se derrumbó en el suelo.

—¡Sólo él tuvo la culpa, Susan!

—¿Como antes la tuvieron Erni Tracy, Barton McCallister y tantos otros?

—¿Es que todavía no te has dado cuenta, Susan? ¡Todos vinieron a robar mis tierras! ¡Nuestras tierras!

—¿Por qué rectificas, Cliff? Lo dijiste bien. Son tus tierras, sólo tuyas.

—Eres mi mujer, Susan. También te pertenecen.

—Si fuese así, habrías tenido en cuenta mi deseo. Y nadie hubiese muerto. Al menos, desde que nos unieron para toda la vida.

—Ya sé. Tú eres muy generosa. No te importaría que nos quedásemos en la miseria.

—Las tierras bajas sólo son una pequeña porción de Parker Dam Tú mismo las tienes abandonadas. No las necesitas, Cliff, y en ellas podrían vivir unas cuantas docenas de familias.

—Por aquella parte corre el río Little y tú sabes que sus aguas nos son necesarias para que beba el ganado.

—Hay suficiente agua para que los agricultores puedan regar sus tierras y beba tu ganado.

—Estupendo —rió, sarcástico, Clifford—. ¿Y qué pasaría si esos agricultores se entretuvieran en envenenar las aguas? Anda, dime, ¿qué es lo que pasaría con nuestro ganado?

—¿A quién se le ocurriría semejante monstruosidad?

—¿A quién? ¡Cualquiera lo podría pensar! Todo el mundo me odia. Todos me envidian. ¿Y sabes por qué? ¡Yo te lo diré! —Clifford se golpeó el pecho con el dedo índice—. ¡Porque soy un Merriman!

—No te comprendo, Cliff. Trato de conseguirlo desde hace mucho tiempo, pero seguramente es algo superior a mi inteligencia.

—Mi padre llegó aquí antes que nadie. ¿Y sabes cómo lo hizo? Con una galera y un par de reses. Tuvo que luchar contra todos para permanecer en el lugar que había elegido. ¡Y él estableció las fronteras de lo que era suyo! ¿Por qué no vinieron como él los

padres de Tony Halley, de Erni Tracy y Barton McCallister? ¡Ellos también eran libres para llegar a Parker Dam! Pero prefirieron quedarse en el Este. ¿Sabes por qué, Susan? Porque tenía miedo. ¡Eso es! Tenían pánico a los indios, a lo desconocido. Mi padre pertenecía a la raza de los valientes, a los que no les importaba los peligros, a los que se jugaban la piel antes de retroceder un palmo de terreno conquistado. Y por ello, Parker Dam le perteneció a Sam Merriman y ahora me pertenece a mí.

Hubo una larga pausa. Susan se llevó una mano a la frente y se apretó las sienes.

—¿Qué hiciste para acabar con Tony Halley?

—Es mejor que no hablemos más de este asunto.

—¿Lo ahorcaste, Cliff?

—No.

El ranchero respiró entrecortadamente.

—¿Cómo fue, Cliff? —preguntó otra vez Susan.

—¡Maldita sea! ¡Fue un duelo! ¡De hombre a hombre!

—¿Es ésa la verdad?

Clifford abrió mucho los ojos sin apartarlos de la figura de su mujer.

—¿Es que no me crees, Susan? ¡Te digo que fue cara a cara! Tony Halley tuvo su oportunidad.

—Resulta gracioso.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eras más rápido que él. ¿Verdad, Clifford?

—Sólo fui más hábil.

—Llámalo como quieras. —Susan bajó el tono de su voz—. Tony Halley estaba sentenciado desde que cayó en tus manos.

Clifford apretó los puños.

—Hablas como si deseases que él hubiese sido el vencedor.

—No. Clifford.

—Sí, eso debe de ser. ¡Tiene que serlo!

Susan negó con la cabeza.

—Estás equivocado.

—Ahora comprendo tu idea, Susan. Has pensado que si yo muero, tú serás la dueña de Parker Dam, y entonces también serías una hermosa viuda y podrías elegir a tu hombre. ¡El hombre que le diese los hijos que yo no te puedo dar!

Sobrevino una larga pausa. Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo has podido imaginar siquiera eso, Cliff?

Clifford la señaló con el dedo índice mientras gritaba:

—¡No lo niegues! ¡Estás desenmascarada! ¡Es inútil que trates de decir otra cosa! ¿Cómo no me di cuenta antes?

—No sabes lo que dices, Cliff. Yo te quiero, a pesar de todo.

Clifford se echó a reír cubriéndose la cara con las manos y en aquella posición sus carcajadas sonaron huecas.

Susan lo miró con ojos tristes.

—Estás cansado. Ve a dormir, Cliff.

Clifford quedó mudo, observando a Susan por entre los dedos que apoyaba en su cara.

—¿Dormir? ¿Para qué quieres que duerma, Susan?

—Lo necesitas.

—¿Quizá para hacerte la ilusión de que estoy muerto?

—Por favor, cállate.

Clifford dejó caer las manos, y sus labios sonrieron otra vez.

—Muy bien, señora Merriman. Me iré a la cama.

Se acercó a ella y la rodeó por la cintura.

Ella ya estaba acostumbrada a aquellos cambios bruscos de su marido. De pronto, él se tornaba adusto, violento, y luego, casi en un instante, abandonaba sus maneras bruscas y se comportaba como una persona normal.

—Susan —murmuró.

—¿Qué, Cliff?

Él la apretó contra sí por detrás, besándola en el cuello.

—Te eché de menos.

—Yo también, Cliff.

—Quiero que vengas luego a despertarme.

—Sí, Cliff.

CAPÍTULO III

Habían transcurrido casi cuatro semanas desde la muerte de Tony Halley. La vida transcurría sin contratiempos en la Pequeña Gales, el rancho de Merriman, cuya denominación se debía a Sam, el padre de Clifford.

Susan y su marido se encontraban desayunando aquella mañana en el comedor de la gran casa.

Los dos esposos parecían más enamorados que nunca. Se diría que estaban pasando una segunda luna de miel. Susan trataba de apartar de su mente los amargos recuerdos. Quería con toda su alma a aquel hombre. Lo había querido desde la primera vez que lo vio, cinco años atrás en Laredo. Ella formaba parte de una compañía de cómicos que actuaban en el teatro Dorado. A Clifford tampoco le había costado mucho trabajo decidirse. En cuanto la vio evolucionar en el tablado sintió deseos de conocerla personalmente para lo cual se presentó en su camerino. Al cabo de dos días se casaron. Decidieron pasar una semana en la ciudad y luego emprender la marcha a la Pequeña Gales. La tragedia ocurrió justamente el último día. Clifford había salido del hotel para realizar los preparativos del viaje. Ella, acababa de arreglarse, decidió esperarlo en el vestíbulo y, encontrándose allí, fue cuando se le acercó aquel hombretón panzudo que empezó a requebrarla. Le dijo que estaba esperando a su esposo; le rogó que la dejase en paz, pero el tipo había bebido más de la cuenta y trató de besarla por la fuerza. Y justamente fue ése el momento que eligió el destino para que Clifford apareciese por la puerta.

Clifford lanzó un rugido de fiera, apartó al hombre, y lo golpeó con todas sus fuerzas. El panzudo cayó al suelo. Susan también se había quedado tendida en la alfombra, y Clifford se volvió para

ayudarla a levantarse.

Y entonces el borracho hizo un disparo desde el suelo.

Y ella, Susan, vio cómo Clifford hacía una mueca de dolor y se contraía al recibir el impacto, y, luego, la diestra de su marido corrió a la funda de la cadera y su revólver empezó a crepitar entre sus dedos.

El agresor se retorció bajo el peso del plomo y luego quedó muerto.

Clifford también se derrumbó.

El doctor Carlson le salvó la vida. Fue un auténtico milagro. La bala le había penetrado por la ingle pero Clifford ya nunca podría tener hijos.

Ése había sido el final de la pesadilla. ¿O sólo había hecho que empezar entonces, cuando el médico diagnosticó las funestas consecuencias de la herida?

Susan quería a su marido y desde aquel momento se prometió ayudarle. Bien pronto se dio cuenta de que Clifford Merriman era todo un carácter. Estaba orgulloso de la obra de su padre, de aquel rancho, Pequeña Gales, que abarcaba el inmenso territorio de Parker Dam.

Susan comenzó a pensar que Clifford no necesitaba ayuda de nadie y que había admitido como una fatalidad la pesada carga que el cielo ponía sobre sus hombros. Hasta que un día, al cabo de unos seis meses de celebrado el matrimonio, sobrevino el primer estallido.

Un intruso, un tal Barton McCallister, había tomado posesión de un trozo de Parker Dam.

Siempre recordaría a Clifford cuando recibió la noticia por boca de un vaquero. Su rostro se demudó, sus ojos se desorbitaron y en un instante empezó a dar gritos, alegando que Parker Dam pertenecía a los Merriman, porque era justamente un Merriman quien lo había conquistado.

Susan trató de frenarlo, pero todo fue inútil. Barton McCallister desafió a Clifford, y en el duelo, aquél murió alcanzado por dos certeros balazos.

Y, después de McCallister, llegaron otros. Clifford parecía una fiera acorralada, pero cada uno de sus zarpazos era mortal. Y la sangre corrió por las tierras de Parker Dam.

Ella trató de influenciar en su marido. Al fin y al cabo, el rancho abarcaba demasiado terreno. ¿Por qué no cedía un poco de él a los colonos que llegaban del Este? Las tierras del Cañón del Esqueleto eran buenas para la agricultura y realmente no le eran necesarias a Clifford. Donándolas realizaría una gran obra.

Pero Clifford no quiso siquiera discutirlo. Las tierras bajas también formaban parte de la Pequeña Gales. No se desharía de una pulgada de suelo que hubiera conquistado su padre.

Y los advenedizos, como Clifford los llamaba, seguían muriendo.

A pesar de las contrariedades, Susan amaba a Clifford sobre todas las cosas de este mundo.

Ahora Clifford observó cómo su mujer retiraba el servicio del desayuno.

—Oiga, señora Merriman —dijo con una sonrisa—. Creo que pagamos a un par de criadas para que hagan eso.

Ella se volvió y puso los brazos en jarras haciendo un gesto enfurruñado.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de por qué lo hago?

—¿Existe alguna razón especial?

—De esa forma podemos estar más tiempo solos.

Clifford dio una chupada a su pipa y mientras expulsaba el humo dijo:

—Voy a creer que está enamorada de mí, señora Merriman.

Susan lo miró un rato a los ojos.

—¡Condenado presumido!

Fue a dar media vuelta para marcharse pero Clifford alargó rápidamente la mano y atrapándola por la muñeca le dio un tirón hacia él y Susan cayó sobre sus rodillas.

—Suéltame, Cliff. Sabes que nos pueden ver.

Clifford rió.

—Tú misma acabas de decir que te las has arreglado para que permanezcamos a solas.

Diciendo esto la cogió por el cabello, le inclinó la cabeza y la besó en los entreabiertos labios que se disponían a emitir una protesta.

De pronto la puerta se abrió, de golpe, sin previo aviso.

Susan lanzó un grito y apoyando las palmas de las manos en el pecho de su marido se levantó arreglándose el vestido. Sus mejillas

se encendieron al reconocer en la persona que acababa de entrar a Joe Casey, el vaquero que le resultaba más desagradable desde su llegada a la Pequeña Gales.

Casey se había quedado inmóvil después de interrumpir la escena amorosa entre los esposos.

—Lo siento, patrón —dijo dándole vueltas al sombrero que sostenía entre las dos manos.

A Clifford le pareció divertida aquella intromisión, pero no a Susan, quien sintió con aprensión cómo los ojos de Casey resbalaban codiciosamente por su cuerpo.

—¿Qué ocurre, Casey? —preguntó Clifford.

—Tengo que darle una mala noticia, jefe.

—¿Otra vez los ladrones de ganado? Si es así, te juro que Barry *Colt* las pagará esta vez por todas.

—No patrón, no se trata de Barry. Lo corrimos bien la semana pasada hasta la frontera.

—Está bien. Habla.

Casey dirigió otra mirada a la joven.

—¿Debo hacerlo en presencia de la señora?

—¡Casey! —rugió Clifford echando el torso hacia delante—. Un día de éstos te vas a arrepentir de tu desfachatez.

—Perdón, patrón… Pero el caso es que ha llegado un nuevo tipo a las tierras bajas.

Se hizo un pesado silencio en la sala.

Clifford entrecerró los ojos.

—¿Un nuevo intruso?

—Sí, señor.

—Bien. Pasará de largo.

—Lleva allí dos días… Justamente en la cabaña que construyó Tony Halley.

—¿Cómo sabes que lleva allí dos días?

—Lorigan condujo por aquella parte una de las puntas de ganado. Fue anteayer. Descubrió que salía humo por la chimenea. Pensó lo mismo que usted, que se trataría de alguien que se había metido en la choza para hacer un alto en su viaje… Por eso Lorigan prefirió estarse quieto.

—¿Cuántos hombres le acompañaban?

—Cinco, patrón.

—Debió enviar a la cabaña en seguida un par de muchachos.

—Es lo que hizo ayer, al anochecer, cuando vio humo de nuevo.

Casey hizo otra pausa.

Susan permanecía en pie, cogidas las manos sobre el estómago, los nervios tirantes, como cuerdas de guitarra.

Clifford tenía la pipa en la diestra, pero ya se le había apagado. Sus ojos habían adquirido un nuevo brillo.

—¿Por qué te detienes, Casey? —exclamó—. Sigue contando la historia.

—Lorigan envió a Peter y Sandy. Sólo regresó Peter.

Clifford se levantó bruscamente.

—¿Y Sandy?

—Fue muerto por el hombre que estaba en la cabaña.

—¡Maldito!

—Lo gracioso del caso es que Peter también pudo ser muerto. El forastero lo desarmó, pero luego lo dejó libre. Sólo lo hizo para que Peter le trajese un mensaje a usted.

—¿Un mensaje a mí?

—Es muy corto. El forastero sólo quiso que usted supiese su nombre.

Sobrevino un nuevo silencio.

Susan se pasó una mano por el brazo desnudo, sintiéndose invadida por un extraño escalofrío.

Clifford mantenía los ojos clavados en el rostro de su empleado.

—Está bien, Casey. ¿Cuál es el nombre?

El vaquero se mojó el labio con la lengua y finalmente dijo:

—Max Halley.

CAPÍTULO IV

Joe Casey ladeó la cabeza mirando alternativamente a Susan y Clifford Merriman.

La noticia había causado distinto efecto en los esposos. El rostro de ella se había tornado pálido. El de Clifford parecía el de un exaltado, el labio inferior tembloroso, los dientes apretados y los ojos llenos de furia.

—Conque es el hermano de Tony —murmuró.

—Seguro, patrón —asintió Casey.

—Y se ha atrevido a venir a Parker Dam. ¡El muy estúpido! ¿Qué es lo que piensa? ¿Acaso que puede vencer donde fue derrotado su hermano?

—Es posible que sea eso lo que le haya decidido, patrón.

Clifford levantó el brazo en el aire, el puño cerrado.

—¡Yo le demostraré a ese Max Halley quién soy yo! ¡Lo mataré! ¡Juro que lo mataré!

—¡No, Clifford! —exclamó Susan volviéndose hacia su marido.

El ranchero miró a su mujer.

—¿Qué esperas que haga con él, Susan?

—No quiero que corra más sangre.

—Estupendo. Iré a su cabaña y le diré: «Bien venido, señor Halley. En Parker Dam lo hemos estado esperando durante mucho tiempo. ¿Por qué no vino antes, señor Halley?».

Susan movió la cabeza de un lado a otro.

—No es eso, Clifford.

—¿Qué entonces? —chilló él.

—Debe haber otro medio para que todo pueda arreglarse.

—Sólo hay uno que entienda esa clase de tipos. ¡El revólver!

—No, Cliff, eso no.

—Dime tú otro.

Durante un rato en la habitación no se dijo nada. Merriman y Casey observaban a Susan la cual se mordió fuertemente el labio inferior.

De pronto dijo:

—Quizá haya una solución.

—¿Cuál? —preguntó Clifford—. Por favor, no digas que le regale las tierras que empezó a arar su hermano ¡No lo haré!

—Dale dinero.

—¿El qué? —Clifford frunció el ceño—. ¿Es que has perdido el juicio? ¿Lo has oído, Casey? Un cualquiera irrumpe en mis tierras y yo tengo que darle dinero para que se vaya. ¡Sería algo único! En pocos días, en cuanto corriese la voz, tendríamos aquí a centenares de personas en busca de una bolsa para seguir su camino hacia la costa del Pacífico.

—Tú mataste a su hermano, Clifford —murmuró Susan—. Sólo Max Halley se halla en esas condiciones. Sería una fórmula sencilla. Tú le das el dinero como indemnización por la muerte de Tony Halley, no porque se marche de tus tierras. Es hasta legal.

Clifford se quedó un rato observando a su mujer. Desarrugó el entrecejo y de pronto se echó a reír.

—¿Qué te parece, Casey? No sabía que estuviese casado con una legalista.

El vaquero hizo chasquear la lengua.

—Contra esa gentuza sólo vale la fuerza. No hace falta que usted venga con nosotros, patrón. Yo me llegaré allá con media docena de hombres y le ajustaremos las cuentas a ese Halley.

Susan levantó la barbilla asaeteando con la mirada a Casey.

—Usted está sediento de sangre, Casey. Y no sé por qué, ya que sólo es un empleado de mi marido.

—Perdón, señora, pero yo siempre quiero ser fiel a mi patrón. Es su interés lo que me mueve.

Casey sonrió enseñando unos dientes manchados de nicotina.

Susan no pudo resistir la mirada que le dirigía el peón y desvió sus ojos hacia Clifford. Éste se observaba las puntas de las botas, y, sin moverse una pulgada, dijo:

—A mí no me parece una mala idea.

—¿Qué es lo que dice, patrón? —preguntó Casey incrédulo.

—Lo de la indemnización está bien pensado. Ese Max Halley debe ser un rufián. Le daremos un puñado de dólares para que se marche y apuesto a que le falta tiempo para montar en la silla.

—¿Y si no lo hace?

—Eres un imbécil, Casey —dijo Clifford mirando a su empleado —. Max Halley comprenderá que, después de todo, ha hecho un buen negocio ocupando la cabaña de su hermano. Él está solo, y nosotros somos muchos. Mi mujer tiene razón. Ese tipo sólo ha venido por aquí para ver lo que se pesca. Cogerás a tres muchachos y te largarás allá para entregarle la plata.

—Pero, jefe…

—¡Es una orden, Casey! —le interrumpió Clifford.

—Muy bien, patrón; usted manda.

Clifford se dirigió a una cómoda y abrió el cajón superior sacando una pequeña arca. Abrió ésta con una llave, y extrajo un fajo de billetes que se puso a contar.

—Aquí hay cien dólares —dijo mirando a Susan.

—¿No puedes, darle algo más?

Clifford vaciló unos instantes haciendo una mueca, pero, por último, concedió.

Está bien, le daremos doscientos, pero ni un centavo más.

Alargó el fajo a Casey.

El vaquero guardó el dinero en el bolsillo superior de la camisa, dirigió una mirada a Susan y finalmente se dirigió al ranchero.

—Supongamos que no acepta.

—Aceptará.

Casey se frotó el mentón con la mano.

—Me gustaría saber lo que debo hacer en cualquier caso, patrón.

Clifford hizo un gesto afirmativo.

—Lo matáis. Eso es lo que tenéis que hacer si no quiere el dinero.

—Gracias, patrón; es lo único que necesitaba —sonrió Casey e inmediatamente salió de la estancia.

Marido y mujer quedaron a solas. Ella fue al encuentro de él y se colgó de su cuello.

—Hoy es el día en que estoy más orgullosa de ti, Cliff.

Merriman sonrió.

—Por una vez te has salido con la tuya.

—Ajá —dijo ella y lo besó en la nariz.

Clifford la abarcó por la cintura y empezó a besarla también en la frente, en los ojos y por último en el cabello.

Permanecieron así, abrazados, el uno contra el otro y él no podía ver el gesto que había en la cara de ella. Susan Merriman se estaba haciendo una pregunta. ¿Y si aquel Max Halley no aceptaba los doscientos dólares? Sintió un temblor en el cuerpo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él echándose hacia atrás para verla.

—Nada —contestó sonriente—. Cogí un poco de frío esta mañana al levantarme.

—Debe cuidarse, señora Merriman.

Ella se abrazó otra vez a él diciéndose que no tenía por qué preocuparse. Clifford estaba en lo cierto. Max Halley era un rufián que consideraría un buen negocio el haber logrado doscientos dólares por haber permanecido durante unos días en las tierras de Parker Dam.

CAPÍTULO V

Joe Casey detuvo su cabalgadura en lo alto de la pequeña colina. Los tres hombres que lo acompañaban lo imitaron. Uno de éstos, Danny Wild, señaló hacia la cabaña que se veía en el valle.

—Veo su caballo detrás de la empalizada. El tipo debe de estar dentro. ¡Maldita sea, y pensar que se va a ganar doscientos dólares por haber venido a desafiar al patrón!

Joe Casey rió por lo bajo.

—Yo sé lo que le pasa a Merriman.

Sus tres compañeros lo miraron.

—¿Qué? —preguntó Danny.

—Su mujer lo está ablandando.

Danny emitió una risita.

—También me dejaría ablandar yo por una fulana como ella.

Joe Casey le dirigió una aviesa mirada.

—Punto en boca, Danny. No consiento que nadie hable mal de ella.

Danny, pelirrojo, de nariz pecosa, dibujó una mueca de extrañeza.

—¿Qué te va a ti, Casey? No es tu mujer. ¿O es que también te ha empezado a ablandar a ti?

Casey apretó los dientes rabioso.

—He dicho que te calles, Danny, y será mejor que sigas mi consejo. Eres un gran comilón, pero apuesto a que no digieres una onza de plomo.

Danny hizo un gesto afirmativo.

—No vale la pena discutir por algo que, después de todo, no me importa, pero yo también te voy a dar un consejo, Casey. Si Merriman se entera de que te has chiflado por su mujer, apuesto a

que te desparrama los sesos.

Hubo un silencio. Luego, Casey sonrió.

—¿Quién se lo va decir, Danny?

—Un hombre no necesita ciertos informes. Él mismo se da cuenta, tarde o temprano, de lo que pasa a su alrededor, especialmente si es su mujer lo que está por medio.

—Basta ya —dijo Casey—. Hemos venido a realizar un trabajo, y ya va siendo hora de que le veamos la cara a ese tipo que se cree tan listo.

Los jinetes descendieron por la ladera y se acercaron rápidamente a la casa. Justamente cuando llegaban a la verja que rodeaba la cabaña se abrió la puerta y salió al porche un hombre.

Los ojos de los vaqueros se detuvieron en la figura que acababa de aparecer ante ellos.

Era un joven de unos veinticinco o veintiséis años de edad, de cuerpo vigoroso, moreno, de cabello y de ojos negros. Su cara parecía esculpida a cincel. Estaba en mangas de camisa y junto a su cadera derecha gravitaba un «Colt» cuarenta y cinco.

Casey observó al joven durante un rato. Finalmente preguntó:

—¿Es usted Max Halley?

—Sí —le respondió con voz seca.

—¿El tipo que mató a nuestro compañero Sandy?

—No sé cuál era su nombre, pero si se refiere a un tipo rubio que tenía una cicatriz sobre una ceja, sus restos descansan junto al río. Yo mismo lo enterré.

—Parece usted muy meticuloso.

—No olvido mis deberes de buen cristiano.

Casey se mordió con fuerza el labio inferior. Un sexto sentido le había advertido que aquel hombre era peligroso. Estaba preparado para encontrarse con un hombre que ofreciese otro aspecto. Había previsto que fuese delgado o grueso, no importa su talla, de barba crecida y vestimenta sucia de polvo y grasa, un tipo zafío, vulgar, y he aquí que Max Halley no respondía en absoluto a esa imagen. Parecía un hombre de suaves maneras, rápido de inteligencia, sarcástico, y, por añadidura, daba la impresión de que su cuerpo era un conglomerado de músculos y de nervios listos para saltar a la menor señal de peligro.

—Le traigo la respuesta de Merriman, Halley —declaró.

—¿Sí?

Casey decidió tantearlo.

—Usted se va a ir de aquí, Halley.

El joven del porche observó escrutadoramente a los jinetes. Luego meneó la cabeza.

—No me voy a mover de esta cabaña.

Casey entrecerró los ojos.

—¿Se lo ha pensado bien, Halley?

—Lo decidí mucho antes de llegar.

—Parece que no se asusta ante nada.

—Usted lo ha dicho. Ante nada.

—¿Ni siquiera ante cuatro hombres que llevan armas?

—Me deja igual.

Casey observó la impasibilidad del hombre que se le enfrentaba. No hablaba en balde. Sus palabras eran confirmadas por su actitud. Allá estaba, en el porche, con las piernas ligeramente abiertas en compás, los brazos como sin vida, a lo largo de sus costados, los ojos moviéndose muy aprisa, atentos a cualquier movimiento.

Danny Wild rezongó:

—¿Qué estás esperando, Casey? Dile a lo que venimos.

Casey habló por la comisura de la boca.

—¿Es que tienes miedo, Danny?

—No lo tengo, pero el patrón nos comisionó para que le hiciésemos una oferta. No le daré gusto al dedo hasta que hayan quedado agotadas las últimas posibilidades.

Casey meneó la cabeza y a continuación se dirigió otra vez al intruso.

—Tiene usted suerte, Halley.

—Nunca me he quejado de mi estrella.

—Nuestro patrón comprende que usted debe de haber sentido mucho la muerte de su hermano.

—Tony era un hombre honrado a carta cabal. No se mereció la muerte que ustedes le dieron.

—¿Nosotros? —Casey sonrió—. Usted se equivoca, Halley. Fue el jefe quien se ocupó de su hermano y quiero también añadirle algo. El señor Merriman lo mató frente a frente, en un duelo legal.

Los músculos faciales del forastero parecieron endurecerse más.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Casey, Joe Casey.

—Pues es usted un embustero, Casey.

Los ojos del aludido brillaron como ascuas y su mano derecha corrió hacia la funda, pero al instante la detuvo porque observó que Halley rozaba ya con sus dedos la culata del revólver.

—¿Por qué dice que miento, Halley?

—No fue un duelo legal lo de Tony y su patrón.

—Nosotros fuimos testigos de que su hermano tuvo a su alcance un revólver.

—Encontré el cadáver un día más tarde.

—¿Cómo?

—Lo que oye, Casey. Por fortuna los buitres todavía no habían acabado con él. Pude observar que Tony había recibido una paliza antes de ser muerto. Sus muñecas estaban cortadas como si hubiese sido atado y en sus rodillas había huellas claras de que fue arrastrado a lo largo de unas cuantas millas. ¿Eso es lo que para ustedes y su patrón merece el calificativo de legal? No, no fue ningún duelo justo. Tony estaba agotado, al límite de sus fuerzas, y fue entonces cuando su patrón se decidió a acabar con él dándole un revólver. Merriman y cuantos intervinieron en aquello solo son vulgares asesinos.

Después de pronunciar la última palabra, en aquel lugar de la tierra sólo se oyó el fluir del río a lo lejos.

Casey tragó saliva.

—No he venido aquí a discutir con usted acerca de lo que ocurrió. Mi patrón sólo me comisionó para hacerle una oferta.

—¿Una oferta?

—Merriman le pagará a usted un buen fajo de billetes.

—¿Por qué?

—Por los daños.

Max Halley hizo una mueca.

—Continúe, Casey.

—Eso le demostrará que nuestro patrón es un hombre entero. —Casey metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó el fajo de dinero—. Ahí tiene doscientos dólares. Puede contarlos.

Max Halley continuó en el porche.

—Vamos, acérquese —dijo Casey—. ¿O es que también quiere que se los ponga en la cartera?

La voz de Max sonó ahora ronca:

—Guárdese el dinero, Casey.

El vaquero arrugó el ceño.

—Le advierto que no va a conseguir nada más.

—No quiero más, Casey. Para ser exacto, no quiero ningún dinero.

—¿Qué es lo que pretende entonces?

—Dígale a Merriman que sólo existe un medio para que él y yo quedemos a la par.

—¿Qué medio es ése?

—Su patrón me acompañará a Santa Fe y una vez allí, lo entregaré a la justicia para que responda por el asesinato de Tony Halley.

Hubo un nuevo silencio. Los hombres de Merriman estaban asombrados, perplejos.

—¡Usted está loco, Halley! —exclamó Casey.

—Eso, o yo seré quien le arranque la vida a Merriman.

—¡Nunca he escuchado mayor tontería en mi vida! —Casey soltó una risotada—. ¿Lo habéis oído, muchachos? Quiere llevarse al patrón a Santa Fe.

Pero ninguno de los hombres que lo acompañaban rió porque estaban demasiado impresionados por la entereza que demostraba el joven.

Casey se apretó el puente de la nariz.

—Su broma fue buena, Halley. Palabra que tuvo mucho éxito. Ahora coja el dinero y continúe su viaje.

—Llegué ya a mi destino. Hubiese querido venir antes, pero cuando encontré el cuerpo de Tony estaba enfermo de fiebres y estuve a punto de irme al otro mundo. Pero la estrella de que le hablé no se apagó tampoco esta vez.

Casey esbozó una mueca.

—Tenga la completa seguridad de que nosotros la vamos a apagar.

—¿Ahora, Casey?

—Nuestro patrón nos felicitará por no demorarnos.

—Muy bien, adelante.

Casey lanzó un grito y echó mano al revólver al propio tiempo que lo hacían sus compañeros y entonces todos ellos quedaron

aterrados al observar que Max Halley estaba disparando mucho antes de que ellos hubiesen podido exhibir sus armas.

Dos vaqueros se desplomaron sin vida de las sillas.

Casey y Danny permanecieron inmóviles, las manos sobre las culatas, sin decidirse a desenfundar.

Max Halley dejó de apretar el gatillo.

—¿Qué les ocurre, Casey? —dijo—. Inténtelo otra vez.

Casey dejó correr unos segundos y luego retiró la mano de la pistolera mientras decía:

—Usted gana, Halley.

Danny, el pelirrojo, exclamó:

—¡Cielo santo! ¿Cómo lo ha podido hacer?

Max Halley se humedeció los labios con la lengua.

—Pensé que Merriman vendría después de recibir el primer mensaje. Ahora supongo que no habrá ninguna duda respecto a mis intenciones.

—No, no la hay —convino Casey.

—Dígaselo claramente. Acepta el viaje a Santa Fe conmigo o él y yo nos enfrentaremos en un duelo.

—Se decidirá por el duelo, Halley.

—Es lo que dice usted. Hace falta conocer la opinión de su jefe.

—Conozco bien a Merriman. No se dejará coger ni siquiera por un comisario. ¿Lo es usted, Halley?

—No.

—Razón de más. —Casey hizo una mueca—. Y por otro lado, usted no ha tenido algo en cuenta.

—¿Qué, Casey?

—Merriman dispone de muchos hombres para impedir que usted logre cualquiera de sus propósitos.

—Me envió primero dos, ahora cuatro…

—Todo hombre tiene su límite, incluso un tipo como usted, tan rápido con el revólver. ¿Qué pasará si se enfrenta con veinte a un tiempo?

—Le daré mi respuesta cuando ese momento llegue.

—Va a cometer un error, Halley. Si yo estuviese en su lugar, aceptaría los doscientos machacantes y me largaría con viento fresco.

—Es lo que haría usted, pero soy yo el que elige, y continuaré en

las tierras de Parker Dam.

Casey se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Se arrepentirá, Halley. Se lo prometo.

—Acabó la conversación, muchachos. Empiecen a largarse, pero no se olviden de llevarse a sus amigos. Me cansa mucho cavar fosas.

Casey hizo un gesto afirmativo e hizo una seña a Danny.

Éste bajó de la montura e invirtió unos cuantos minutos en asegurar los cadáveres de sus compañeros en las sillas de que habían caído. Finalmente volvió a montar su potro.

Casey se despidió.

—Lo volveré a ver, Halley, pero entonces usted estará muerto.

—¡Fuera!

Emprendieron el camino de regreso al rancho. Dos millas más allá, lejos de la cabaña donde quedaba Max Halley, Casey se dijo que, al fin y al cabo, él podría sacar dividendos de aquella situación. ¿Por qué no? Merriman podría ser muerto por Halley. De esa forma Susan quedaría viuda. Infiernos, una mujer como ella al alcance de su mano.

De pronto, la voz de Danny Wild interrumpió sus pensamientos.

—Ese tipo es el mismo demonio con pistolas.

—Sí es bueno —repuso—. Pero nosotros somos muchos y acabaremos con él.

—De eso no hay duda, pero la cuestión es ésta. ¿A cuántos se cargará antes de que le hagamos el relleno?

¡Por las barbas de un mormón que no me gustaría encontrarme en el camino de una de sus balas!

—No te preocupes; la próxima vez lo haremos mucho mejor.

Casey pensó que las cosas le podrían salir perfectamente. Si Halley mataba a Merriman, él se encargaría del superviviente. Y, como es natural, luego se encontraría en inmejorables condiciones para ser el dueño de Parker Dam y de la mujer más hermosa que había conocido en toda su vida.

CAPÍTULO VI

Clifford Merriman escuchó el relato que Joe Casey le hacía de cuanto había sucedido en la cabaña de las tierras bajas.

La cara del ranchero fue cambiando poco a poco de color, transfigurándose de ira.

—¡Maldito entrometido! —exclamó escupiendo las palabras por entre los dientes.

En la habitación sólo se encontraban los dos hombres. Justamente unos minutos antes de que llegase Casey, Susan se había ido a la cocina para preparar una de las salsas favoritas de Clifford. Casey lamentaba esta ausencia. Había soñado en el camino con una escena en que los esposos se enfrentasen abiertamente.

Ahora Clifford paseó como un animal enjaulado.

—¡Yo le haré pagar su atrevimiento a ese estúpido! —Se detuvo volviendo la cabeza hacia Casey, y se echó a reír nerviosamente—. De modo que él quiere llevarme a Santa Fe y, si no doy la conformidad, un duelo entre él y yo.

—Es lo que Halley dijo, patrón.

—Muy bien; tendrá el duelo.

Los ojos de Casey brillaron astutamente. Ya que no estaba allí Susan, debía aprovechar tal circunstancia para asegurarse de que Clifford no podría echarse atrás por mucho que le dijese su esposa. Y pata ello nada mejor que atacar al ranchero en su amor propio.

—Usted no puede hacer eso, jefe.

—¿Qué quieres decir?

—No debe enfrentarse a ese hombre.

Clifford arrugó la nariz.

—¿Qué tontería es ésa? ¿Por qué no me debo enfrentar a Halley?

—Vi como disparaba. Jamás he conocido a nadie con su rapidez y puntería.

Clifford rió otra vez, con los ojos muy fijos en el rostro de su empleado.

—Así, que tú crees que él me vencerá.

Casey se mojó el labio con la lengua y bajó la mirada al suelo, permaneciendo mudo.

Clifford gritó rabioso:

—¡Contéstame, Casey!

El vaquero miró otra vez a su jefe.

—Sinceramente, patrón. Si usted se bate con Halley, yo no estoy muy seguro de cuál de los dos quedará sin vida.

Clifford entrecerró los ojos y de pronto terminó de volverse mientras desenfundaba el revólver como una centella y hacía un disparo.

El pañuelo que Casey se anudaba al cuello voló en el aire bajo el impulso de la bala y el peón retrocedió dos pasos asustado, llevándose la mano a la garganta.

Luego observó el humo que emergía del cañón del revólver que esgrimía Clifford.

El ranchero sonreía, los ojos llenos de brillo.

—¿Qué dices ahora, Casey?

—Ha podido matarme.

—Sólo he querido demostrarte mi rapidez y puntería. Tenía la impresión de que las habías olvidado. Dime ahora, Casey, ¿quién ganará en ese duelo?

—Usted.

—¿Lo dices convencido?

—Desde luego, patrón.

La puerta se abrió de repente y entró Susan exclamando:

—¿Qué ocurre?

Clifford levantó el revólver.

—Casey apostó conmigo a que no le quitaba el pañuelo del cuello.

—¡Cliff! ¿Cómo puedes utilizar a un hombre como blanco?

Merriman sonrió acercándose a su mujer.

—Querida, fue él quien lo quiso —la besó en la mejilla.

Entonces Susan miró a Casey.

—¿Y el asunto de Max Halley?

Clifford contestó antes de que lo pudiese hacer el vaquero.

—El negocio quedó zanjado. Tú acertaste, nena. Max Halley era un rufián que sólo pretendía mi dinero.

La joven miró a los ojos de su marido.

—En tal caso se me ocurre una idea, Cliff.

—¿De qué se trata?

—Creo que ha llegado el momento de que cumplas tu palabra.

—Claro que la he cumplido, nena… Ese tipo se marchó con los doscientos dólares, y, por tanto, lo dejaré en paz.

—No me refería a eso, Cliff. Tú mismo has dicho que ha quedado zanjado. Tu promesa fue otra. La de llevarme a Santa Fe.

—Oh, sí, desde luego. ¿Crees que lo iba a olvidar? —Clifford palmeó la mejilla femenina—. Creo que a mí también me conviene hacer ese viaje. Nos iremos la semana próxima.

—¿Por qué no hoy, Cliff?

—¿Hoy? —Merriman frunció el entrecejo.

—Sí, Cliff, hoy. Ahora mismo.

—Pero, nena, eso es imposible.

—¿Por qué ha de serlo?

El ranchero se apartó de su mujer. Trató de sonreír.

—No hemos preparado nada.

—Me bastará una hora para hacer el equipaje.

—No me refería a eso precisamente. No he dado órdenes a los muchachos… Hay muchos asuntos que debo resolver antes de que nos podamos marchar.

—Casey se puede ocupar de todo eso. Estoy segura de su eficiencia.

El aludido esbozó una sonrisa. Ella, Susan, lo había nombrado a él. Quizá eso quisiese decir algo. Infiernos, también podía ocurrir que no le fuera tan indiferente a ella como había creído. Pero no podía consentir que Clifford se marchase ahora que había aceptado el duelo con Max Halley.

—Le estoy muy agradecido, señora Merriman —declaró—. Pero su marido tiene razón. Hay cosas que sólo él puede resolver.

—¿Por ejemplo? —preguntó Susan.

Casey se frotó la mejilla con el dorso de la mano mientras pensaba rápidamente. Por fin, dio con la respuesta que necesitaba.

—Esta semana hemos de separar los novillos para marcarlos y los muchachos están acostumbrados a que el patrón los dirija.

Clifford dirigió a Casey una mirada de reconocimiento.

—Eso es completamente cierto —se volvió hacia su mujer—. ¿Lo ves, querida? Desgraciadamente, no puedo cumplir tu deseo.

—No quieres, Cliff.

—¿Cómo puedes pensar eso? Sé razonable, querida. Tú, mientras tanto, puedes ir preparando las cosas con más calma. Además, como ya te dije antes, yo también necesito un descanso. Nos quedaremos en Santa Fe una semana, y, ¿sabes una cosa?, te voy a comprar los mejores vestidos y sombreros que se exhiban en los escaparates de la calle Mayor.

Susan permaneció un rato impasible, observando a su marido, y finalmente dijo:

—Está bien, Cliff. Tú eres el que manda.

Luego, la joven dio media vuelta y salió de la estancia.

Clifford dio un suspiro de alivio.

—Bien. Todo ha quedado arreglado.

—¿Cuándo piensa salir para enfrentarse con Max Halley? —inquirió Casey.

—Esta misma noche. Quiero estar en la cabaña de las tierras bajas antes del amanecer.

—¿Cuántos hombres le van a acompañar?

—Me bastará con cuatro por si ese Max Halley resulta, después de todo, un traidor. Cuando lleguemos allá, los muchachos harán una descubierta y le dirán a Halley que acepto su reto.

—Bien, patrón. Yo seré uno de los cuatro.

—No, Casey. Tú te quedarás aquí.

—Preferiría acompañarlo, jefe.

—Ya lo sé, Casey, pero yo estaré más tranquilo si permaneces en el rancho. Haré morder el polvo a Max Halley… pero, si por una casualidad, él me ganase por la mano, tú te ocuparás de que la Pequeña Gales continúe siendo respetada. Susan, mi mujer, seguirá siendo la propietaria y tú serás el capataz.

Casey tragó saliva. Nunca había imaginado que Merriman pudiese dirigirse a él en la forma que lo estaba haciendo. Diablos, de buena gana hubiese soltado una carcajada. Merriman estaba ciego. Ignoraba totalmente que él tenía a Susan metida en las venas.

—¿Qué te pasa, Casey? —Oyó de pronto que le preguntaba.

—Sus palabras me han emocionado, patrón.

—Lo suponía, pero prefiero que todo quede aclarado. Naturalmente, mi mujer sabrá recompensarte.

Casey sintió un cosquilleo en el estómago pensando en lo que Susan le podría dar a él como recompensa.

—Descuide, jefe. Cumpliré con mi obligación en todo momento, pero estoy seguro de que yo no seré nunca el capataz de la Pequeña Gales porque usted baleará a Max Halley.

Clifford hizo un gesto afirmativo.

—Sí, Casey. Yo también lo espero —quedó inmóvil y añadió con la mirada fija en un punto—: Mataré a Max Halley.

CAPÍTULO VII

Max Halley fumaba un cigarrillo en la oscuridad del porche, sentado en una mecedora.

Las nubes viajaban por el espacio hacia el Este y en el silencio podía oír el murmullo del agua que corría por el cauce del Little.

La temperatura era cálida y todo parecía presagiar una tormenta.

De pronto oyó un ruido procedente de la cerca, a la izquierda.

Rápidamente dejó caer la punta del cigarrillo en el suelo y la aplastó con el tacón de la bota. Su diestra ya esgrimía el revólver.

Caminó agachado hacia la baranda del porche y, allí, puso una rodilla en tierra observando el lugar de donde procedía el ruido.

Durante un rato nada vino a turbar la paz, pero de súbito, tuvo la impresión de que allá a lo lejos algo se movía.

Saltó ágilmente la baranda, y, una vez al otro lado, decidió trazar un círculo para sorprender por la espalda a su visitante.

Invirtió no menos de diez minutos en hacer su recorrido. Finalmente, se detuvo al escuchar que alguien respiraba muy cerca de él.

Vio un cuerpo tendido de bruces en tierra y algo que brillaba en una mano. Un revólver.

El desconocido estaba junto a la verja observando el porche, el arma preparada para hacer fuego.

Max Halley saltó como un puma sobre su presa. Los dos cuerpos entraron en contacto y de pronto un grito rasgó la atmósfera.

Max sintió un estremecimiento al comprobar que la persona con quien se enfrentaba era una mujer.

Ella se había vuelto rápidamente al tiempo que gritaba y él pudo ver ahora su rostro. Era bellísimo y sus ojos muy grandes brillaban

como ascuas.

Max había quedado encima de ella y ambos respiraban el mismo aire.

—¿Dónde están los otros? —preguntó él.

—No hay nadie más —contestó la mujer y trató de zafarse de la presión a que él la sometía.

Max le apretó un brazo obligándola a estarse quieta.

—Usted viene del rancho Pequeña Gales. No lo niegue.

—Vengo del rancho de Pequeña Gales —convino ella.

—Y su intención está clara. Quería asesinarme.

—Se equivoca, señor Halley. Sólo he venido para hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? ¿Espera que la crea?

—Soy la señora Merriman.

Max permaneció inmóvil un rato mirándola. Le estaba sujetando la mano armada.

—Estupendo, señora Merriman —dijo—. Eso aclara las cosas. Quiso adelantarse a su marido y se llegó aquí para levantarme la tapa de los sesos.

—Sólo me traje el revólver para defenderme.

—¿De quién?

—Naturalmente de usted.

—Eso es algo muy nuevo.

—Usted ha matado ya a tres de nuestros hombres… Es un pistolero, un forajido.

—Supongo que es su marido quien le ha contado esa historia…

—Clifford no necesitó contarme nada. Es la consecuencia que saqué teniendo en cuenta la forma que usted se ha comportado desde que ha llegado aquí… Y ahora, ¿quiere soltarme? Me está haciendo daño.

Max titubeó unos instantes. Por fin corrió la mano y quitó el revólver a su prisionera.

Se puso en pie y trató de ayudarla, pero la joven ignoró el brazo que le tendía y se enderezó echando atrás el cabello que le caía por la cara. Luego ambos se miraron a los ojos retadoramente.

—Bien, señora Merriman —rompió el silencio Max—. Si no ha venido a matarme, ¿qué es lo que quiere?

—Evitar el duelo entre usted y mi marido.

Max meneó la cabeza.

—¿La mandó él?

Susan levantó la barbilla orgullosamente.

—Clifford no es ningún cobarde.

—No he dicho que lo sea.

—Usted cree que él me ha enviado aquí para que yo lo convenza de que debe de marcharse de nuestras tierras.

—Suponga que es eso lo que creo.

—Cometería un error, señor Halley. Vine aquí por propia voluntad.

Max miró fijamente a los hermosos ojos femeninos.

—Usted teme por su marido, señora Merriman.

—También por usted.

—¿Por mí? No me ha conocido hasta hace un momento.

—Ya se ha derramado bastante sangre en Parker Dam. No quiero que vuelva a ocurrir.

—Debió decirle todo eso a su esposo —repuso Max sarcástico.

—Ya se lo dije, señor Halley. —Susan hizo una pausa—. Pero no me hizo ningún caso.

Hubo un nuevo silencio. Luego Max dijo:

—Me temo que ha hecho usted un viaje en balde, señora Merriman.

—Usted no responde a la idea que yo me había hecho de Max Halley.

—¿Importa eso? —dijo él.

—No es un rufián.

—No lo soy.

—Ni un asesino.

—Jamás maté a nadie que no tratase de emplear las armas conmigo.

—Sin embargo, usted quiere vengarse…, matar.

—Su esposo mató a mi hermano.

—No voy a defender a Clifford, pero debe tener en cuenta que Tony irrumpió en unas tierras que no eran suyas.

—Usted cree que pertenecen a su marido.

—Sí.

—No existe ninguna ley que ampare esa posesión.

—Al padre de Clifford no le hizo falta eso. Conquistó el

territorio de Parker Dam, y eso lúe bastante.

—Sólo para él. Nuestra legislación dice otra cosa. Sólo permite establecer un derecho de prioridad sobre seis millas cuadradas de tierras vírgenes, y Parker Dam tiene más de treinta millas cuadradas.

Por unos instantes entre los dos jóvenes reinó un gran silencio.

Finalmente, Susan dijo:

—Estoy convencida de que, tarde o temprano, Clifford comprenderá todo eso, señor Halley, paro ahora todavía es demasiado pronto para ello.

—Lo siento, señora Merriman, pero los que hacen la ley no pueden esperar a que se les comprenda. Ni tampoco pueden transigir las familias que llegan del Este en busca de un pedazo de tierra para cultivar. Si su marido quiere luchar contra el Gobierno, si quiere enfrentarse al progreso, es asunto completamente suyo, y ha de atenerse a las consecuencias. ¿A cuántos hombres ha matado él por defender sus ideas equivocadas, por permanecer en una tierra que sólo pertenece al Estado?

Susan se apretó las sienes con la mano.

—Yo le comprendo a usted, señora Halley. Tiene toda la razón del mundo. Pero a mi marido no se le puede juzgar como a los demás.

—¿Por qué no? Ahí está el error. Todos somos iguales ante la ley.

—No lo decía en ese sentido. ¿Conoce la historia de Clifford?

—Sí, me la contaron en Santa Fe, mientras convalecía de unas liebres.

—Entonces comprenderá su mal carácter.

—¿Qué tiene que ver con su carácter el no permitir que los colonos se asienten en esta tierra?

—Mucho, señor Halley. Clifford siempre ha estado orgulloso de su padre, de lo que Sam Merriman hizo por mantenerse en Parker Dam. Mi marido pensaba que algún día él también tendría hijos que heredarían su obra. Naturalmente debió de pensar también que a esos hijos no les llegaría la tierra intacta de Sam Merriman, toda la inmensa Pequeña Gales, sino una porción de aquel imperio, pero que no por ello sería menos rica. Me conoció a mí en Laredo y nos casamos y fue justamente entonces cuando él fue herido.

—Ya le he advertido antes que conozco la historia.

—No, usted no conoce lo que pasó en el cerebro de Clifford a partir de entonces, desde el momento en que el doctor le anunció que no podría tener hijos. Todo su mundo se vino abajo. Parker Dam, la Pequeña Gales, la obra de su padre se terminaba con él… No habría nunca un continuador. Jamás viviría un Merriman para heredarla. ¿Se da cuenta, señor Halley?

Max no dijo nada, y Susan prosiguió:

—Fue a partir de ese instante cuando Clifford se mostró más adusto con todos.

—¿Con usted también, señora Merriman?

—A mí me quiere, y a pesar de ello, hay momentos en que también me considera una enemiga suya a la que goza con hacer sufrir.

—Todo es, si usted quiere, natural, señora Merriman, pero nadie puede hacer nada por su marido. Ni usted misma.

—Ya lo sé, y por eso trato de encontrar comprensión en los demás. En usted, señor Halley.

—Yo lo comprendo todo, señora Merriman.

—Entonces acepte el dinero que le ofreció mi marido y márchese.

—No puedo hacer eso.

—Le he traído cuatrocientos dólares.

—No se trata de dinero, señora Merriman. Se lo explicaré para que ya no tenga ninguna duda. Tony y yo formamos parte de una expedición de colonos que se dirige al Oeste. Nosotros nos adelantamos para elegir la tierra donde nos habíamos de asentar. Llegamos a esta parte de la comarca, a orillas del Little, y nos pareció un buen terreno. Entonces Tony y yo retrocedimos hasta Santa Fe para informarnos respecto a la situación legal. Nos dijeron que podíamos ocuparla, pero que había aquí un hombre, Clifford Merriman, con el que nos sería difícil ponernos de acuerdo.

Max hizo una pausa y seguidamente continuó:

—Decidimos esperar a los colonos en Santa Fe para acompañarlos hasta aquí. Le dije a Tony que hablaríamos con Clifford Merriman para hacerle ver que la ley nos protegía, pero Tony pensó otra cosa. Yo esperaría en Santa Fe, y él se quedaría aquí para convencer a su marido. Pasaron un par de semanas y

Tony no regresaba. Los colonos estaban a punto de llegar a Santa Fe. Me sentí inquieto y entonces me vine hacia el Little. Lo demás usted lo sabe ya.

—Sí.

—Los colonos ya están en camino y llegarán aquí, esta misma noche o mañana a más tardar. Son doce familias. Hay hombres viejos, mujeres y niños y también hay algunos jóvenes que piensan casarse para construir su hogar. Yo soy uno de ellos, señora Merriman. Mi prometida viene en uno de los carromatos. La ley nos ha dicho que podemos quedarnos aquí y es lo que vamos a hacer y, si para ello tengo que enfrentarme con su marido, no está en mi mano el evitarlo. Es él quien tiene opción, señora Merriman.

—Usted dijo que mi marido debía acompañarlo a Santa Fe. Se lo oí contar a Joe Casey.

—Es lo que usted ha conseguido con su visita, señora Merriman. No estoy seguro de que su marido se enfrentase con mi hermano en igualdad de condiciones, pero renunciaré a mi venganza si su marido entra en razón.

—Gracias. Trataré de convencer a Clifford para que los deje en paz.

Max Halley meneó la cabeza.

—Le deseo éxito por usted.

Susan observó el rostro tallado en granito del joven.

—Sé que sólo un milagro puede convencer a mi esposo.

—Lo supongo, señora Merriman. —Max le devolvió el «Colt».

—Adiós.

—Pase lo que pase, le deseo a usted buena suerte.

Susan dio media vuelta y se dirigió al otro lado de la colina, donde había dejado el caballo.

Poco después cabalgaba en dirección al Pequeña Gales.

De repente, cuando ya había recorrido dos millas vio emerger a un jinete de entre unas piedras. Tiró de las bridas y echó mano al revólver temiendo que el desconocido fuese uno de los ladrones de ganado que integraban la pandilla de Barry *Culi*, pero de pronto oyó una voz.

—Buenas noches, señora Merriman.

Sintió un estremecimiento porque acababa de identificar al jinete.

Era Joe Casey.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué hace aquí Casey?

—Descubrí que alguien escapaba del rancho y decidí seguirle. No podía imaginar que fuese usted, señora Merriman.

—Salí a dar un paseo.

—¿Un paseo, señora Merriman? El rancho queda muy lejos de aquí. Hay más de dos horas de camino.

Susan se sintió invadida por la ira.

—No tengo por qué darle explicaciones, Casey.

—Yo no se las pido, señora Merriman. Sólo estaba pensando en el patrón. ¿Qué va a decir él cuando se entere?

La joven se mordió el labio inferior con fuerza.

—Clifford no durmió en el rancho.

—¿No? —sonrió Casey—. Ésa sí que es una novedad. ¿Acaso riñeron, señora Merriman?

—Mi marido decidió pasar la noche en la cabaña de la Escarpadura. Me dijo que tenía que empezar a trabajar cuando todavía fuera de noche. ¿Está ya conforme, señor Casey?

El *cowboy* emitió una risita irónica.

—No, no lo estoy, señora Merriman.

—Terminemos de una vez, Casey. Métaselo en la cabeza para siempre. Soy la dueña del Pequeña Gales y usted sólo un empleado.

Casey decidió jugar sus triunfos. Era la mejor oportunidad. Susan y él se encontraban a solas en la noche, a muchas millas del rancho. Acercó su caballo al de ella.

—Eso va a ser por poco tiempo, señora Merriman, y entonces usted y yo hablaremos de igual a igual.

—¿Qué quiere decir, Casey?

El hombre la miró a los ojos y sintió hervir su sangre. Infiernos,

nunca había estado tan cerca de ella. Deseaba a aquella mujer más que a ninguna otra en el mundo. Sintió las fauces secas, y él sabía de qué forma aplacar su sed.

—Nena —dijo, y alargó la mano para tocarla.

De pronto algo cruzó el aire y restalló contra su cara. Tuvo la sensación de que su mejilla se quemaba y de pronto Susan Merriman espoleó la cabalgadura, y ésta partió como un relámpago.

Casey sintió que la sangre resbalaba por su cara. Lanzó una maldición al tiempo que hundía las espuelas en los flancos del caballo emprendiendo la persecución de la mujer que le había robado la tranquilidad.

La distancia que los separaba fue disminuyendo poco a poco.

—¡Párate, Susan! —gritó Casey.

Pero la esposa de Clifford continuó su alocada carrera y él tuvo que redoblar sus esfuerzos para seguirla.

Una milla más allá la tuvo a su alcance. Siguió una marcha paralela a la de ella y cuando las cabezas de las cabalgaduras estuvieron a la misma altura, alargó el brazo y atrapó las bridas del corcel de Susan.

La joven se revolvió para castigarle de nuevo con la fusta, pero ahora Casey estaba preparado y la atrapó por la muñeca evitando el golpe.

Los caballos se detuvieron resoplando.

Casey se echó a reír viendo la cara de Susan surcada por la ira.

—¡Esto le costará caro, Casey!

—Sigue así, preciosa. Me gusta verte como una gata encolerizada.

—¡Suélteme, Casey!

—Tú y yo tenemos que hablar primero.

—Se ha vuelto loco. Nada tenemos que decirnos.

—Lo harás por las buenas, o seré yo quien te baje de la silla.

Ella lo miró unos segundos y se dio cuenta de que él estaba resuelto a todo. Tuvo miedo y eso era algo que no había sentido antes en toda su vida.

—¿Vas a bajar, nena? —preguntó él con voz untuosa.

Susan decidió que debía seguirle la corriente. Si ahora se resistía, Casey la haría saltar de la silla a la fuerza.

—Muy bien, Casey —repuso—. Déjeme. Yo saltaré sin necesidad

de ayuda.

Casey la dejó libre y entonces ella puso los pies en el suelo.

Casey la imitó y se acercó mirándola ávidamente al cuerpo.

—Eres un portento, nena. Te lo digo yo que entiendo un rato de mujeres.

—Mida sus palabras, Casey. Recuerde que ha de responder por todo esto a mi marido.

Casey sonrió mientras ponía los brazos en jarras.

—No habrá tal rendición de cuentas.

—Ocurrirá inevitablemente cuando lleguemos al rancho.

—Tú y yo no vamos a ir al rancho, preciosa.

Los ojos de Susan despidieron chispas de furor.

—Está borracho, Casey. No sabe lo que dice.

—Te demostraré que estoy sereno. Tú y yo nos quedaremos por estos contornos.

—¿Por qué hemos de hacer eso?

—Hemos de dar tiempo para que tu marido se aleje.

Susan apretó los labios con fuerza.

—Escúcheme, Casey. He de hablar con Clifford antes de que emprenda la marcha.

—Y yo te digo que te vas a quedar aquí.

—Es cuestión de vida o muerte, Casey.

—Ya lo sé. Por eso no te vas a apartar de mi lado hasta que tengamos la seguridad de que tu marido ya no está en la casa.

—Es muy importante que yo hable con él.

—Sé lo que le vas a decir, pequeña. Que abandone su idea de enfrentarse con Max Halley, y es justamente lo que a mí no me conviene.

—No le comprendo.

—Me di cuenta de que habías estado escuchando por la puerta cuando le dijiste a tu marido que querías irte a Santa Fe. Estuvo tan claro como el agua. Oíste lo del reto de Halley y te asustaste cuando tu marido accedió a celebrar el duelo. Eso es lo que pasó. Temiste por él.

—Es mi esposo, y lo quiero.

—Tonterías tuyas, nena. Clifford es sólo un tipo con mucha suerte que heredó un gran lote de tierra de su padre.

—Le prohíbo que hable así de mi marido.

—Muy pronto dejará de serlo.

—¡No!

—Sí, ricura. Max Halley se lo cargará.

—No consentiré ese duelo.

—Tendrás que conformarte con tu suerte. Dentro de un par de horas a lo sumo, Clifford se pondrá en camino hacia la cabaña de Max Halley y entonces no habrá nadie que lo detenga.

—Escúcheme, Casey. Él es lo que más quiero en el mundo. Sé que está obcecado, pero tengo la convicción de que si le hablo todo va a cambiar.

—Por ello te vas a quedar aquí conmigo, nena. No puedo correr ningún riesgo.

Susan respiró entrecortadamente sin apartar la mirada del rostro del hombre que se había interpuesto en su camino.

—¿Qué se propone con todo esto, Casey?

—Me parece que está claro.

—Quiero oírlo de su boca.

—Resulta muy sencillo. Tú y yo vamos a ser los dueños del Pequeña Gales. Estupendo, ¿verdad, dulzura?

—Ahora es cuando creo que está realmente loco. ¿Usted y yo?

—Sí, pequeña. Joe y Susan, dos tipos únicos en el mundo. Un hombre y una mujer que se querrán mucho. Hasta que la muerte los separe.

—No sea cínico, Casey. Usted está al servicio de mi marido y, por tanto, le debe fidelidad. Si nos vamos a casa, evitaremos que Clifford se enfrente a Max Halley. Ya no es necesario que mi marido vaya a Santa Fe con ese hombre. Ha renunciado a su venganza. Max Halley solo desea que Clifford reconozca el derecho a los colonos de ocupar las tierras bajas.

—Lo sé, señora Merriman. ¿No recuerda que la seguí? Estuve muy cerca de la verja de Max Halley escuchándoles.

—¡Es usted un repulsivo espía! —exclamó Susan sin poderse contener.

—Cuidado, nena, puedes llegar a enfadarme con tus insultos.

—¿Qué clase de doble juego es el suyo, Casey? ¡Dígalo de una vez!

—¿Es que necesitas que te lo repita? Te quiero a ti, Susan. Y de regalo también quiero el Pequeña Gales. Para que todo ello salga

bien es necesario que tu marido muera.

—¡Es usted un infame! ¡El peor de los canallas!

Susan desenfundó rápidamente el revólver, pero Casey estaba muy próximo a ella y sólo tuvo que golpear con el filo de la mano en la muñeca de la joven para que ésta quedase desarmada mientras lanzaba un grito de dolor. Con lodo ella levantó el otro puño para descargarlo sobre la cara odiosa de Casey, pero él la burló fácilmente y entonces, Susan perdió el equilibrio y cayó de rodillas en tierra.

Casey lanzó una risotada observándola a sus pies.

Ella levantó rápidamente la cara.

—He esperado mucho tiempo, nena.

—Es usted un ser repulsivo. Se ganó la confianza de mi marido y ahora va a traicionarlo.

—Nunca he odiado a un hombre tanto como a Clifford Merriman. ¿Lo has oído bien, ricura? Llevo deseando su muerte desde el día en que llegué al Pequeña Gales. ¡Mil veces he deseado su muerte! Y te juro que, si hubiese tenido ocasión, le hubiera pisado el cuello coMo se hace con una serpiente de cascabel.

Susan lo miraba espantada.

—Por favor, Casey. Déjeme marchar, Clifford me necesita.

Casey la miró un rato en silencio y alargó la mano y la cogió por el cabello tirando de su cabeza hacia atrás. Y él entonces inclinó el torso y la observó muy cerca.

—Yo también te necesito, Susan.

La joven apretó los dientes con fuerza y, de pronto, le escupió en la cara.

Casey la dejó libre, retrocediendo como si le hubiesen golpeado con una maza.

Susan no trató de huir porque sabía que no le serviría de nada.

Casey se limpió el rostro con la manga y luego sus labios se comprimieron en una mueca.

—Debiera marcarte como una res por esto.

—¡Le aborrezco, Casey!

—Si tu deseo es jugar, jugaremos, nena.

—Existe una solución para todos.

—¿Sí?

—Conseguiré que mi marido le dé mil dólares. Serán suyos,

Casey.

—Oferta rechazada, ricura.

—Es posible que consiga dos mil.

—¿Acaso no te has dado cuenta todavía? Voy a tener mucho más de dos mil dólares. Parker Dam será mío.

—¡Eso no lo podrá usted conseguir nunca!

—Max Halley matará a tu marido, y de esa forma, quedarás libre. Luego, tú y yo nos casaremos.

—¿Cómo está usted tan seguro que Halley va a matar a Clifford?

—Resulta la mar de sencillo, querida. Halley maneja el revólver mejor que tu orgulloso muchacho.

—Usted dijo lo contrario allá en el comedor, cuando Clifford le deshizo el nudo del pañuelo.

Casey rió astutamente.

—Sólo se lo dije para darle ánimos, para que no tratase de eludir el duelo enviando a cualquier otro en su lugar.

Susan comprendió que Casey había obrado como convenía a sus planes. Se arrepintió de todo corazón de no haber comunicado a su marido las sospechas que había sentido acerca del interés que Casey demostraba por ella. Clifford lo hubiese despedido inmediatamente, pero quiso evitar un conflicto y ahora ya era demasiado tarde para echar marcha atrás. Los acontecimientos se habían precipitado de tal forma, que ahora estaba prendida en una inextricable red de la que no podía escapar.

Respiró profundamente, observando los ojos de Casey, que, poco a poco, parecían brillar más.

—Quizá se equivoque, Casey. ¿Y si mi marido resulta vencedor del duelo?

El *cowboy* sintió un escalofrío por la espalda. Sabía lo que ocurriría si Clifford vencía a Halley. A él le habría llegado también su última hora. Pero ¿por qué tenía que ocurrir eso? Estaba seguro que Max Halley era mucho mejor que Clifford. De eso no había ninguna duda.

Cuando hubo llegado a esa conclusión, rió jactanciosamente.

—Yo nunca me equivoco, pequeña. —Hizo uno pausa—. Y ahora basta de conversación. Clifford puede pasar por aquí camino de la cabaña de Halley. Hemos de apartarnos.

Una idea martilleó en la mente de Susan. Si lograba escapar,

podría salir al encuentro de su esposo.

—¿Dónde quiere llevarme, Casey? —preguntó.

—Al Cañón del Esqueleto. Allí hay muchas cuevas. Pasaremos el resto de la noche en una de ellas, y cuando sea de día, regresaremos al rancho para esperar la noticia de la muerte de tu marido.

—Supongo que no puedo convencerle con nada —dijo ella.

Los ojos de Casey la observaron de los pies a la cabeza, lenta, muy lentamente, y luego dijo:

—Lo que me puedas dar ahora a un precio, lo conseguiré cuando seas mi mujer. Siempre fui un tipo que supe dominar mis pasiones. Hace un rato, cuando te encontré, estuve a punto de echarlo a perder, pero ahora ya estoy sereno. Esperaré, ricura. Después de todo, ya no puede tardar mucho.

Susan sintió cómo el odio abrasaba su pecho y entonces comprendió por qué un ser humano puede desear la muerte de un semejante.

—Anda, Susan. Sube a la sitia. Y será mejor que abandones toda idea de escapar.

Susan decidió confiarlo. Hizo un gesto afirmativo y subió a su montura.

Emprendieron el camino hacia el Cañón del Esqueleto.

Al cabo de media hora se internaron por entre las paredes verticales del desfiladero.

Casey señaló uno de los agujeros.

—Ahí estaremos bien.

De repente, Susan tiró violentamente de las bridas. Su caballo levantó las manos en el aire mientras giraba y luego saltó hacia delante, buscando la salida del cañón.

El silencio de la noche fue interrumpido por un disparo.

La montura de Susan soltó un relincho y empezó a derrumbarse.

Susan saltó por encima del cuello del animal y rodó por el polvo hasta que finalmente quedó inmóvil. Allá pegada al suelo, volvió la cara y vio a Casey riendo, revólver en mano.

—No puedes librarte de mí, nena. ¿Ves lo que has conseguido?

Susan dirigió una mirada a su caballo muerto, sintiendo un hondo pesar en su corazón.

—Ahora, ven aquí —le ordenó Casey.

Se levantó, sintiendo un agudo dolor en los costados y se quedó

observando al hombre aborrecible.

—¿Es que no me has oído? —dijo él—. ¿O es que necesitas que vaya a por ti? ¡Te juro que estoy dispuesto a romperte un hueso!

Susan se mordió el labio inferior porque sentía unos terribles deseos de llorar. Allí acababa su aventura. Clifford ya se habría puesto en camino hacia la cabaña de las tierras bajas donde lo esperaba Max Halley.

El duelo era inevitable, y uno de los dos, probablemente Clifford, moriría.

Capítulo IX

Clifford abandonó la cabaña de la Escarpadura y se dirigió a su rancho.

Al trente de la casa encontró dispuestos para la marcha a los cuatro *cowboys* que debían acompañarlo a las tierras bajas.

Después de cambiar un saludo con ellos, dirigió una mirada a la ventana correspondiente al dormitorio que compartía con Susan. Estaba cerrada. Vaciló unos instantes, y, finalmente, puso pie en tierra mientras decía:

—Esperadme, muchachos. Voy a despedirme de mi mujer.

Subió arriba, y cuando entró en la habitación, se quedó inmóvil al ver que la cama estaba vacía e intacta.

—¡Susan! —llamó mientras arrugaba el ceño.

No hubo respuesta.

Pasó rápidamente a la estancia que Susan utilizaba para su aseo, pero allí tampoco se encontraba su mujer.

Rápidamente abandonó aquel lugar de la casa y bajó las escaleras. En la planta inferior halló a María, una de las criadas.

—¿Dónde está la señora? —preguntó.

Por la mueca de perplejidad que compuso la sirvienta, Clifford comprendió que nada sabía acerca de Susan.

Salió al porche y se dirigió a los cuatro muchachos que había abajo.

—¡Eh, tú, Bill! Tráeme aquí en seguida al hombre que hizo guardia esta noche.

El llamado Bill desmontó de la silla, y poco después, desaparecía hacia la parte trasera de la casa.

Al cabo de un par de minutos regresó diciendo que Córcoran había sido el vigilante y que se había puesto en camino.

Clifford paseó nervioso hasta que llegó a su presencia el tal Córcoran.

Clifford lo miró fijamente a los ojos.

—Mi mujer no está en la casa. Córcoran.

El *cowboy* trató de rehuir la mirada de su patrón, mientras se mojaba los labios con la lengua.

—¿La has visto, Córcoran? —preguntó Clifford.

—Yo… Pues, verá… —murmuró el peón, tartamudeando.

—¡Suéltalo de una vez! —gritó Merriman.

—Su mujer abandonó el rancho a medianoche.

—¿Cómo? —dijo Clifford, asombrado.

—Yo la vi con mis propios ojos. Lo siento, pero… —se interrumpió de nuevo.

—¡Termina, Córcoran!

—No sé si debo decirlo, señor Merriman.

Los ojos de Clifford relampaguearon de furia mientras alargaba la mano y cogía el *cowboy* por el cuello de la camisa.

—¿Qué es eso de que no debes decirlo? ¡Escúpelo o te deshago las narices!

—Muy bien, patrón. —Córcoran se estremeció como hoja mecida por el viento—. Poco después de que saliese su mujer, la siguió Casey.

—¿Casey? ¿Detrás de mi mujer?

—Sí, señor.

Clifford apretó los dientes mientras sus ojos se desorbitaban. De pronto, golpeó con el dorso de la zurda la cara de Córcoran.

—¡Maldito embustero! ¡Te voy a despanzurrar!

—¡Le juro que es la verdad, señor Merriman! Primero vi a la señora y como cosa de un par de minutos después, emprendió la marcha Casey. Los dos siguieron el mismo camino hacia el sur.

Clifford respiraba entrecortadamente.

—¿Por qué no lo has dicho hasta ahora, Córcoran?

—Pensé que…

—Pensaste que si mi mujer me engañaba con Casey, era preferible que yo no lo supiese.

—Sí, señor.

Clifford dio un empujón a Córcoran enviándolo contra la pared. Luego apretó los puños mientras cerraba fuertemente los ojos. Su

mundo interior estaba saltando hecho pedazos. Susan y Casey, Su propia mujer, aquella que él había elegido como esposa. Empezó a sentir una gran opresión en el pecho y luego tuvo la sensación de que algo se empezaba a quemar allá dentro, y aquel fuego le corría como una mecha por todo el cuerpo y sus sienes empezaron a latir.

Volvió la cabeza hacia los *cowboys*. Éstos habían escuchado su conversación con Córcoran y estaban inmóviles como estatuas.

—¿Qué infiernos miráis? —gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

Los peones permanecieron quietos sin atreverse siquiera a pestañear.

Clifford tuvo la impresión de que en su cerebro se formaba una espesa niebla que no dejaba lugar a las ideas. El mundo entero se ponía en contra suyo. Max Halley, Joe Casey y su propia mujer. ¡Muy bien, los exterminaría a todos!

—¡A todos! —se oyó gritar, y luego enmudeció, observando la forma extraña en que lo miraban sus propios muchachos.

No, no debía ponerse nervioso ahora. Tendría que estar muy sereno. Mataría a Max Halley y luego buscaría a Susan y Casey dondequiera que se encontrasen. Prometió que en todo el ancho mundo, ellos no encontrarían un refugio que él no pudiese descubrir.

Descendió del porche y montó su caballo. Y entonces, señalando hacia el sur ordenó:

—¡Seguidme, muchachos!

E inmediatamente los cinco jinetes partieron a galope tendido.

* * *

Max Halley estaba limpiando el rifle. Después de marcharse la señora Merriman, había intentado dormir sin conseguirlo. Todavía era de noche, pero muy pronto empezaría a amanecer.

No tenía muchas esperanzas de que la joven señora Merriman convenciese a su esposo. De acuerdo con lo que ella le había contado, Clifford era un hombre a quien el destino había castigado duramente, y, al parecer, aquel hombre no había sabido encajar el golpe. Su corazón estaba lleno de odio y no había encontrado otra válvula de escape que la de considerar a todos sus semejantes como enemigos, como usurpadores. Lo sentía por la señora Merriman,

pero tal como estaban las cosas, el duelo entre él y Clifford sería inevitable. Un duelo a muerte, ya que sólo podía haber un vencedor.

De pronto, oyó el ruido de una cabalgada. Rápidamente, sacó el revólver con la zurda y quedó a la escucha.

El galope procedía de la orilla del Little.

Se puso de pie en el porche y miró hacia la colina. ¿Y si era una trampa? Después de todo, Clifford podía permitirse el lujo de eludir su encuentro cara a cara. ¿Para qué tenía tantos hombres a su disposición?

El jinete se fue acercando. Ahora lo vio emerger de entre la niebla que cubría el río y sus márgenes.

Se echó el rifle a la cara apuntando al desconocido.

—¡Alto ahí o disparo! —ordenó.

El jinete detuvo su cabalgadura y se quedó mirando hacia la casa.

—Max… Max Halley. ¡Soy yo, Fletcher!

Max bajó el rifle.

—¿Qué haces por aquí, Fletcher?

Era uno de los colonos que pretendían asentarse en las tierras bajas de Parker Dam.

Fletcher se acercó a la casa y bajó de la cabalgadura.

Max lo pudo observar detenidamente mientras subía al porche. La trente de Fletcher aparecía cubierta con un pañuelo sobre el que destacaba una mancha roja.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ansiosamente Max.

Fletcher recuperó el resuello.

—Hemos sido atacados, Max.

Halley sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Clifford Merriman? —preguntó.

—No, Max. Se trata de un forajido que merodea por estos contornos, de Barry *Colt*. Lleva consigo a una veintena de hombres. Ya nos advirtieron en Santa Fe que Barry se dedicaba a robar todo lo que tuviese a su alcance.

—¿Dónde ha sido?

—A unas cinco millas de aquí. Nos sorprendieron a la salida de un pequeño valle. El señor Kauman ordenó que hiciésemos el círculo para defendernos. Llevamos sitiados unas cuatro horas.

Saunder y Smith han muerto, y hay media docena de heridos, entre ellos una mujer, Ana Staford.

Max Halley no miraba a Fletcher. Tenía los ojos fijos en el camino por donde suponía debía aparecer Clifford Merriman.

—Kauman me ordenó que viniese en busca de ayuda.

—Nadie puede prestársela, excepto yo —contestó Max con voz ronca.

—¿Y los hombres de Merriman?

—Ese ranchero está contra nosotros.

—¿No pudiste convencerle?

—Todavía no lo he visto, pero estoy seguro de que no se avendrá a razones. Ahora lo estaba esperando y no es precisamente para platicar con él.

Fletcher contempló el rifle y el revólver con que Max ocupaba sus manos.

—Ya comprendo —murmuró—. Es nuestra condenada mala suerte.

—Quizá no se haya perdido todo.

—Quisiera ser tan optimista como tú.

—¿Qué fue eso de la frente? —preguntó Max, señalándole la cabeza.

—Sólo una rozadura. Hay otros que lo están pasando mucho peor.

Max miró otra vez hacia el horizonte, en la dirección de la Pequeña Gales. En el cielo aparecían ya los primeros resplandores de la aurora.

—Iré contigo, Fletcher.

—¿No crees que es mejor que le quedes?

—¿Qué pasaría si yo consiguiese vencer a Merriman y los colonos no pudiesen tomar posesión de la tierra porque estuviesen muertos?

—Sí, creo que tienes razón.

—En marcha.

Minutos después, los dos hombres cabalgaban siguiendo el curso ascendente del río Little.

Muy pronto oyeron los estampidos.

—Bien, ¿qué es lo que has pensado? —preguntó Fletcher, sin dejar de correr.

—Tú y yo los atacaremos por la espalda.

—No está mal, pero esos tipos se las saben todas.

—Quizá no estén enterados de unos cuantos trucos.

Llegaron a lo alto de una pequeña colina.

Max observó el círculo de carros en la llanura a la salida de un pequeño valle. Los hombres de Barry *Colt* se habían parapetado tras las rocas y hacían luego graneado sobre sus víctimas.

—Sígueme —dijo a Fletcher.

Reemprendieron la marcha retrocediendo por la ladera. Luego trazaron un círculo hasta encontrarse en el terreno escabroso a menos de cien yardas de la pandilla de Barry *Colt*.

Max levantó la mano pata que su compañero se detuviese. Descendieron de la silla, Fletcher dijo:

—Creo que no han descubierto nuestra presencia.

—Será mejor que no la descubran hasta que hayamos iniciado nuestro trabajo. Sepárate de mí unas diez yardas. Ascenderemos al mismo tiempo, pero no has de disparar hasta que yo te lo indique.

—De acuerdo, Max. Tú eres el jefe.

Halley le palmeó el brazo y seguidamente, se alejaron uno de otro iniciando la ascensión.

Max corría agachado, amparándose en las rocas que encontraba a su paso. De vez en cuando, se veía obligado a detenerse porque Fletcher se quedaba atrás, pero en cuanto éste llegaba a su altura, reemprendía la marcha.

De súbito, se detuvo observando a su primer enemigo a menos de diez yardas, tendido sobre una roca plana desde la que dominaba el valle.

Miró a Fletcher, y éste le hizo una señal con la cabeza dándole a entender que también había encontrado a un forajido.

Max cogió un pedrusco con la mano izquierda y lo arrojó sobre la roca plana donde estaba el pistolero. Éste al oír el ruido se volvió como una centella listo para disparar.

Max apretó el gatillo y al instante entre los dos ojos del rufián apareció un agujero. Quedó allí arriba, inmóvil tendido de bruces.

Fletcher disparó un segundo después y un grito de muerte rasgó el aire.

Inmediatamente alguien gritó:

—¡Eh, Barry! ¡Nos han cogido por detrás!

—¡Maldita sea! —contestó otra vez—. ¡Atención a la retaguardia!

Max oyó el estampido de un rifle y luego, una bala pasó rozándole el hombro. Se dejó caer en el polvo y eso fue lo que le salvó la vida, porque inmediatamente el forajido rectificó su puntería e hizo un segundo disparo, y la bala se clavó a una pulgada de su costado.

En la montaña se hizo un silencio.

Halley miró en la dirección de Fletcher y lo vio a cubierto.

El viento producía agudos silbidos al rozar contra las aristas de las rocas.

Max oyó un crujido un poco más arriba. Alguien iba en su busca arrastrándose sobre los codos.

Rápidamente, él también empezó a arrastrarse dando la vuelta a la roca. Se detuvo a la otra parte y pudo ver perfectamente las botas de su rival de turno, pero al instante, como si el otro también lo hubiese descubierto, los pies desaparecieron.

Halley esperó con el revólver preparado. Tenía experiencia respecto a aquella forma de lucha. Durante la guerra civil había servido en el Tercer Batallón del general McGregor, especializado en la lucha contra los guerrilleros del Sur que se infiltraban en el territorio del Norte.

De pronto, oyó la voz del rufián.

—Sé que estás ahí, tipo vivo.

—Tú también eres muy listo —rió Halley.

—¿Por qué hemos de estar aquí los dos escondidos?

—Es lo que digo yo.

—Se me ocurre una idea, tipo vivo. Los dos nos levantaremos a un tiempo y que lo cuente quien tenca más suerte. Será algo completamente legal. ¿Qué contestas?

—Me parece bien.

—Estupendo, chico. Entonces no hay más que hablar Contaré hasta tres y entonces nos pondremos en pie como centellas.

—Adelante.

—Uno… Dos… ¡Tres!

Max saltó hacia la izquierda y justamente en aquel instante, frente a él, apareció el forajido. Éste levantaba la mirada porque había esperado que Max picase en el anzuelo. Reaccionó en seguida,

en una décima de segundo, pero ese insignificante espacio de tiempo fue demasiado importante para él, porque Max tuvo bastante para clavarle dos balas en el pecho.

El pistolero dejé caer el arma y se quedó mirando a Halley con los ojos muy abiertos.

—Hiciste trampa, tipo vivo.

—La misma que tú, muchacho.

El forajido fue a decir algo más, pero de pronto se vino hacia delante y rodó por la ladera hasta encontrar en su camino una piedra.

Alguien gritó un poco más arriba:

—¡Se acaban de cargar a Joe *Trucos*, Barry!

—¡Eso es imposible! —exclamó el jefe de la pandilla.

—Lo he visto caer como una pelota, jefe, se lo juro.

—Está bien, Morgan. Ahora va a saber ése quién soy yo. ¡Lo quiero para mí!

Max Halley buscó refugio otra vez junto a la roca. Oyó pasos arriba y luego siguió un silencio.

—¡Eh, usted! —Oyó una voz—. Le habla Barry *Colt*.

—¿Qué ocurre, Barry? —preguntó Max.

—Esta aventura nos está costando demasiado cara. He perdido a cuatro de mis hombres y entre ellos estaba Joe *Trucos*, mi segundo de a bordo. El puesto ha quedado vacante. Usted no parece hacerlo del todo mal. ¿Qué le parece si se une a mí y nos lanzamos a por esa caravana?

—No, Barry. Yo formo parte de ella.

—Bueno, ¿qué más da?

—No traiciono a mis amigos.

—¿Qué es eso de amigos? A usted no le funciona la cabeza. Los amigos no existen.

—Admito que usted no los tenga, Barry.

—Nadie los tiene. Ni usted mismo. Uno cree que tiene amigos hasta que se encuentra en una situación difícil, Entonces, como es lógico, uno pretende echar mano de ellos, y, ¿qué es lo que pasa? Yo se lo diré, muchacho. Todos te vuelven la espalda como si tuvieses la escarlatina. Nadie quiere saber de ti, y, de pronto, uno se da cuenta de que se encuentra solo, que siempre lo ha estado.

Max sonrió para sus adentros. No le faltaba razón a Barry *Colt*,

pero lo que no sabía el pistolero era que siempre existen excepciones.

—No me va a convencer, Barry, y ahora le voy a hacer una advertencia. Es mejor para todos que usted reúna a sus hombres y se largue.

Barry soltó una risotada.

—Eso resulta gracioso, muchacho. Os tenemos acorralados y todavía te permites darme consejos.

—No va a adelantar nada, Barry.

—Yo te demostraré que estás equivocado, y va a ser muy pronto. Levantaré el brazo, y en cuanto lo baje, mis hombres se lanzarán contra ti.

—Voy a hacer una carnicería.

—Siempre me he reído de las fanfarronadas. ¡A por él, muchachos!

De pronto, empezaron a hacer fuego contra la roca tras la que se amparaba Max.

El joven se pegó contra el suelo dejándoles gastar balas, pero luego oyó gritos y ruido de carreras. Se puso de rodillas y vio saltar por la ladera a una docena de hombres que se dirigían adonde él se encontraba.

Sus dos revólveres empezaron a crepitar arrojando andanadas de plomo. Cuatro tipos se estremecieron en su camino y la atmósfera se llenó de aullidos y aquellos hombres se derrumbaron sobre piedras y el polvo para no levantarse más.

Fue como sí ocurriese un milagro. Al instante los demás miembros del equipo se apresuraron a arrojarse hacia el sitio más cercano que les pudiera servir de parapeto.

Max se escondió.

Seguidamente oyó de nuevo la voz de Barry *Colt*.

—Maldito sea. ¿Quién es usted? No me diga que es Bill Hichkock.

—No, Barry. Soy Max Halley.

—¡En mi vida he oído ese nombre!

—Es mi primer viaje al Oeste, Barry. Antes sólo me conocieron en Kentucky Por si le sirve, fui campeón de tiro a pistola durante los tres últimos años.

—Está bien. Usted gana, Halley. Nos largamos.

—Procure que sea cierto, Barry. De lo contrario, le apuesto doble contra sencillo a que le dejo los sesos desparramados por la ladera.

—Está bien. Sé cuándo he perdido.

—Otra advertencia, Barry. Mis amigos y yo nos vamos a instalar en las tierras bajas de Little. Tengo entendido que usted y sus muchachos se dedican al pillaje por esta región.

—Está bien informado.

—Pues a partir de ahora, va a elegir otro terreno. No quiero verlo por aquí. El mundo es muy grande y puede elegir un lugar que se encuentre por ejemplo a mil millas de Parker Dam.

Barry emitió una risita.

—¿Alguna cosa más, reverendo?

—Eso es todo, Barry.

—Muy bien, ya nos vamos. Le deseo un pronto viaje al infierno.

—De acuerdo, Barry, pero creo que es usted quien está más predispuesto a hacer el recorrido.

Barry siguió riendo, y al cabo de unos segundos, dejó oír su voz, pero esta vez ya no se dirigió a Halley.

—¡Eh, chicos, ya lo habéis oído! Nos vamos de aquí.

Max escuchó los pasos de los hombres que se retiraban. Al cabo de unos cinco minutos, en el monte se hizo un silencio.

De pronto, sintió pasos por la derecha y se volvió rápidamente con el revólver. Vio llegar a Fletcher andando tranquilamente.

—¿Qué haces ahí, Fletcher? ¡Agáchate!

—Se han ido todos.

—Me gustaría creerlo.

Fletcher tendió el brazo señalando la ladera.

—No ha quedado ni uno solo. Les has dado una buena lección, muchacho.

—¡He dicho que te agaches, Fletcher! ¿Es que no le tienes apego a la vida? Si no fuese porque yo soy el tipo que quieren ver muerto, te habrían baleado.

Fletcher lo miró perplejo.

—¿Crees en serio que sólo se trata de una treta?

—Un tipo como Barry no puede consentir que un desconocido lo humille ante sus propios hombres. Si hubiese convenido en marchar, él no duraría vivo una hora. Cualquiera de sus chicos lo

relevaría del mando. Y eso lo sabe perfectamente Barry.

Fletcher terminó por agacharse junto a Max.

Transcurrieron diez minutos. Seguía existiendo un profundo silencio tan sólo interrumpido por el murmullo del viento.

—Te digo que te equivocas —declaró Fletcher—. Esos tipos han volado.

—Cállate.

Justamente en ese instante les llegó un ruido de abajo, como el que produce un guijarro al rodar por la montaña.

Max se revolvió como una centella al tiempo de ver a tres hombres que acababan de brotar por detrás de una gran roca.

Disparó tres veces, y entre el primero y el último estampido, apenas hubo diferencia de tiempo.

Los tres pistoleros se estremecieron espasmódicamente al recibir la carga de plomo. Dos de ellos murieron en el acto antes de que se derrumbasen al suelo.

Sólo quedó uno en pie, pero éste había arrojado ya el revólver y miraba a Max con ojos muy agrandados.

—Halley, usted es peor que Hichkock.

Max reconoció en aquella voz a la de Barry *Colt*.

El pistolero dio un traspié y trató de agarrarse a una roca, pero calculó mal la distancia y se abatió golpeando la cabeza contra un agudo guijarro que quedó incrustado en su ojo izquierdo.

Fletcher estaba con la boca abierta.

—¡Infiernos! —exclamó—. Acabamos de nacer.

Max dio un suspiro.

—Ya puedes estar seguro de que es así.

—¡Quedan otros, Max!

—No, Fletcher. Ahora es cuando se marcharán.

Efectivamente, poco después, se oyó el ruido de una cabalgada que fue perdiéndose poco a poco en la distancia.

Max y Fletcher se pusieron en pie, y poco después se dirigieron al lugar donde se hallaba el círculo de carros.

Un hombre de unos sesenta años que lucía una barba patriarcal, les salió al encuentro con los brazos abiertos.

—Gracias, Halley —exclamó después de estrechar fuertemente a Max—, te debemos la vida.

El joven se tocó la mejilla con el cañón del revólver.

—Las complicaciones no han terminado, señor Kauman.

Justamente en ese instante, una mujer salió de uno de los carros.

—¡Max! —gritó, echando a correr.

Era una muchacha de unos diecinueve años, esbelta, de cabello rubio y ojos muy hermosos de un color esmeralda.

—Irma —dijo Max, saliendo a su encuentro.

Los dos jóvenes se abrazaron y unieron sus bocas en un largo beso.

—¡Oh, Max! Al fin estamos juntos y ya no nos separaremos.

Max bajó la mirada mientras se separaba de la muchacha.

—¿Qué ocurre, Max? —preguntó ella.

Halley la observó un rato en silencio y también miró al grupo de colonos que se encontraban junto a los carros. Finalmente, se dirigió a Kauman e hizo un relato de cómo estaban las cosas en relación con las tierras que se disponían a ocupar.

Cuando hubo terminado, dijo:

—Ustedes me esperarán aquí y yo iré a hablar con Clifford Merriman.

Irma meneó la cabeza.

—¡No puedes hacer eso, Max!

—Iré —repuso Halley, decidido.

Irma volvió la cabeza hacia el jefe de la caravana.

—Prohíbaselo usted, señor Kauman. No puede consentir que Max vaya a una muerte segura.

El anciano clavó sus acerados ojos en el rostro impasible de Halley.

—Es cierto lo que ella dice, Max. No existe ninguna obligación por tu parte.

—Lo sé, señor Kauman. No es ninguna obligación, pero a pesar de ello, me enfrentaré con Merriman. Somos nosotros quienes tenemos la razón y él el que está equivocado. Nadie debe doblegarse ante la fuerza. Si fuese así, todos estamos de sobra en el mundo.

Siguió una larga pausa.

Luego, Max Halley dio media vuelta y se encaminó hacia el lugar donde había dejado su caballo.

Minutos más tarde, emprendía el regreso a la cabaña de Parker Dam.

CAPÍTULO X

Clifford Merriman detuvo su cabalgadura junto a la empalizada que rodeaba la cabaña, a orillas del Little, A su lado tenía dos hombres. La otra pareja había ido por detrás de la casa, en previsión de que Max Halley pretendiese hacerles una jugarreta.

Todo ora silencio.

Clifford apretaba la culata del revólver observando las ventanas y la puerta de la casa.

—¡Halley! —gritó.

Nadie le respondió.

—¡Max Halley! —volvió a llamar.

Uno de los hombres que tenía al lado, dijo:

—Yo sé lo que ha pasado, patrón. Se asustó al vernos a todos juntos y empezó a correr como un demonio.

Clifford meneó la cabeza.

—No me pareció esa clase de tipo, teniendo en cuenta lo que ha hecho desde que llegó aquí.

—Las personas cambian, y ese Halley lo puede haber pensado mejor.

Por cada uno de los costados de la cusa apareció un jinete que se unió al grupo.

—No lo hemos visto —dijo uno de ellos.

—Está bien, Bill. Entra en la casa y echa una ojeada.

El llamado Bill tuvo que cargar el hombro contra la puerta para abrirse paso. Al cabo de un rato, regresó.

—Nada, señor Merriman. El tipo se ha esfumado.

—¡Maldito sea! —exclamó Clifford—. Me había hecho el ánimo de tumbarlo. Echad un vistazo por los alrededores. Quizá se halle escondido por algún agujero.

Los *cowboys* obedecieron distribuyéndose por las cercanías de la casa.

Clifford esperó un momento en la silla mientras soltaba imprecaciones para sus adentros.

Al cabo de un rato oyó la voz de uno de sus muchachos.

—¡Eh, patrón! Aquí he encontrado algo.

Clifford acudió a su lado y se quedó perplejo observando lo que el *cowboy* tenía en la mano, un pañuelo azul de seda. Alargó la mano y lo cogió entre sus dedos. Al instante sintió un escalofrío por la espalda. Sabía a quién pertenecía aquel pañuelo: a Susan. Él mismo se lo había comprado cuando había hecho el último viaje a Santa Fe.

—¿Dónde estaba, Buck?

—Ahí, en el suelo. La tierra está removida como si alguien hubiera luchado.

Clifford observó el lugar que su *cowboy* le señalaba. Rastreó durante unos segundos, y, finalmente, pegó un grito llamando a los demás *cowboys*. Cuando los tuvo a su alrededor, dijo:

—Hay huellas que se dirigen a la Pequeña Gales. Tú, Lew, te quedarás aquí. Si vuelve Halley, harás dos disparos al aire. Los demás venís conmigo.

Emprendieron la marcha y al cabo de unos treinta minutos Clifford hizo una señal para que se detuviesen.

—Aquí aparecen huellas de otro caballo. Ahora son dos los jinetes —observó atentamente el suelo—. Han ido hacia el Cañón del Esqueleto.

Emprendieron una rápida carrera.

Llegados a la garganta, Clifford tiró de las bridas y dejo ir a su corcel al paso. Sus hombres le imitaron.

De pronto, uno de éstos señaló un poco más arriba.

—Allá hay un caballo muerto, patrón.

Se acercaron al animal inmóvil y Clifford creyó que la sangre se le helaba en las venas al descubrir que se trataba del potro favorito de Susan.

Los *cowboys* también lo habían reconocido, pero guardaban silencio.

De pronto, sonó un estampido y uno de los *cowboys* lanzó un grito y se desplomó de la silla.

—¡A tierra! —gritó Clifford, saltando de la montura.

Buscaron cobijo en la vertiente cercana, tirándose al suelo.

Clifford desenfundó el revólver dirigiendo la mirada hacia el lugar desde donde habían dirigido el disparo.

—¡Susan! —gritó.

Esperó oír la voz de su mujer, pero eso no llegó a ocurrir.

Entonces empezó a ascender arrastrándose sobre el estómago y los brazos.

De pronto, sonó otro estampido que levantó una lluvia de polvo muy cerca de su cabeza.

—¡Quédate ahí, Clifford! —Oyó la voz de Casey.

Merriman sintió que otra vez el fuego abrasaba su pecho.

—Al fin te encuentro, Casey —contestó.

—¡Maldito seas, Merriman! Siempre pensé que Max Halley sería el vencedor.

Clifford apretó los labios. Así, pues, Casey creía que él acababa de ultimar a Halley. Ello quería decir que el traidor se había trazado un plan, y, naturalmente en ese plan quedaba incluida Susan. Estaba claro, Susan y Casey se habían confabulado contra él. Quizá mucho tiempo atrás, decidieron ultimarlo, pero no se atrevieron a llevarlo a cabo, hasta que, por fin, con la aparición de Max Halley, pensaron que su problema había quedado resuelto. ¡Malditos fuesen!

—¡Casey! —llamó—. Quiero hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar. Conozco tus procedimientos y sé que me volarás la cabeza a la primera oportunidad.

—Podemos hacerlo sin armas.

Transcurrieron unos segundos, y, finalmente, Casey dijo:

—¿Estás dispuesto a subir aquí arriba sin ningún revólver, Clifford?

—Desde luego. Es lo que te estaba sugiriendo.

—¿Solo?

—Mis hombres se han quedado abajo.

—Muy bien, Clifford, puedes venir. Pero, recuérdalo. Que no te vea un solo revólver.

—¿Y tú, Casey?

—También arrojaré las armas. Será una reunión entre

caballeros.

Merriman dejó caer sus «Colt», pero luego sacó el cuchillo de monte y lo puso en la bota. Finalmente se enderezó y echó a andar hacia el negro agujero de la cueva donde se encontraba Casey.

Estaba a unas cinco yardas de la entrada cuando de pronto oyó una risita y seguidamente vio emerger de la oscuridad la figura de Casey, el cual esgrimía un revólver con la diestra.

—¡Hola, Clifford!

Merriman se detuvo observando la cara de su empleado.

—Ése no fue el trato, Casey.

—Has sido demasiado ingenuo. Palabra que te creía más listo, Clifford.

—Nunca pude imaginar que tratases de traicionarme.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Cuando tú lo tenías todo, yo no tenía nada.

—Te he pagado bien, Casey.

—Migajas.

—Si no estabas conforme, pudiste marcharte.

—Sí, lo pude hacer, pero no lo hice porque había algo que me lo impedía.

—¿Susan?

—Sí, tu mujer. Tu hermosa mujer.

Clifford sintió que se le anudaban las tripas.

—¿Dónde está, Casey?

—Ahí dentro. La muy estúpida trató de avisarte cuando llegaste al cañón y tuve que cerrarle la boca.

Clifford dibujó una mueca. ¿Era cierto lo que estaba oyendo? Santo cielo, según las palabras de Casey, Susan había sido inocente.

—¡Maldito perro! —gritó—. ¿Es que la has matado Casey?

—No, Clifford —rió, triunfalmente, Casey—. Ella tiene demasiado valor para mí. Me contenté con privarla del conocimiento.

Hubo una pausa.

Bien, Casey —dijo Clifford—. Aclaremos de una vez las cosas. Todavía no he matado a Halley.

Casey arrugó el entrecejo.

—¿Qué clase de cuento es ése?

—Es la pura verdad. Fui a la cabaña de Halley, pero él no estaba

allí. He dejado a un hombre de centinela por si acaso regresa.

—Eso ya nada puede importar ahora. Te voy a matar, Clifford.

—¿Es que no vas a dejar que me cargue primero a Halley?

—No. —Casey rió otra vez—. Es a ti a quien quiero ver muerto.

—¿Por qué me odias tanto, Casey?

—Ya te lo dije antes, quiero a Susan y ella parece ser que sólo vive para ti.

—Guarda ese revólver.

—Ya has dejado de mandar, Clifford. Ahora soy yo quien tiene los triunfos en la mano.

Clifford apretó los dientes rabioso.

—¡Te voy a machacar la cabeza, Casey! ¿Qué clase de estúpido eres tú? Supongo que tus cálculos se referían también a ser el dueño de la Pequeña Gales.

—Es condenadamente exacto.

—Y a convertirte en el esposo de Susan.

—¿Algún inconveniente? —rió Casey.

—Da la casualidad de que yo soy el esposo de ella y ocurre que también soy el único dueño de Parker Dam. ¿Lo has oído?

—Anda, grita ahora. Me gusta oírte. Antes tus voces me hacían estremecer, pero ahora las cosas han cambiado mucho. Sólo me producen risa.

Casey acompañó sus palabras con fuertes carcajadas.

Clifford empezó a agacharse acercando la mano a la bota donde guardaba el cuchillo.

—Todavía tienes tiempo para decidirlo, Casey.

—Sólo eres un payaso, Merriman. Debiste darte cuenta hace mucho tiempo de que ni siquiera llegabas a la categoría de hombre. Porque, entérate de una vez. ¡La más importante condición de un hombre es la de tener hijos!

—¡Cállate, Casey!

—Anda, Clifford, chilla más. Tienes unos buenos pulmones. ¿Qué les pasa a tus ojos? Quiero verlos chispear con más fuerza. Puedes lograrlo con sólo pensar que yo voy a ser el dueño de la Pequeña Gales y de Susan.

Los dientes de Clifford rechinaron.

—Te ofreceré la última oportunidad, Casey. Monta en su silla y márchate para siempre.

—Tú eres el que te vas a ir para siempre, Clifford, porque te vas a ir a un sitio de donde no se puede regresar. ¡Justamente al infierno!

El rostro de Merriman estaba bañado en sudor. Lo sentía resbalar por su trente, por las sienes, por las mejillas.

El sol se alzaba sobre un cielo límpidamente azul.

Casey reía estremeciendo los hombros.

—¡Diablos! Ahora celebro que no hayas encontrado a Max Halley. Palabra que es así. Éste es el mejor momento de mi vida, Clifford.

Merriman supo que Casey se disponía a disparar. Entonces saltó hacia un lado, justamente cuando había introducido los dedos por la abertura de la bota en busca del cuchillo.

Casey apretó el gatillo.

Se produjo un estampido que sonó como cañonazo entre las paredes del desfiladero.

Clifford sintió que la bala le quemaba la piel del brazo izquierdo y que luego seguía su camino hasta hundirse en el polvo.

No dio tiempo a Casey para hacer un segundo disparo, porque desde el mismo suelo le lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

La hoja de acero se hundió hasta el mango en el pecho de Casey, a escasas pulgadas del corazón.

Se hizo un silencio.

Casey miró el cuchillo que tenía clavado en su carne, y, de pronto, abrió mucho los ojos y la cara, reflejando en su rostro una mueca de espantó. El revólver se le desprendió de los dedos, cayendo al suelo.

—¡Clifford! —exclamó, y retrocedió hasta golpear la espalda contra el muro rocoso.

Merriman se puso de rodillas en la tierra y se quedó contemplando al hombre que lo había querido asesinar.

—Tú lo quisiste, Casey.

El moribundo lanzó un estertor y empezó a derrumbarse lentamente. Quedó apoyado en la pared, y de pronto, su cabeza se abatió hacia un lado mientras emitía el último suspiro.

Clifford se puso en pie y entró en la cueva. Vio en el suelo a Susan, la cual se hallaba desvanecida. Acudió a su lado rápidamente y la cogió en sus brazos. Tenía una hinchazón junto a una oreja,

pero por fortuna no parecía que fuese grave.

La besó suavemente en los labios.

De pronto oyó un disparo lejano y apartó su cara de la de su mujer.

Prestó oído y seguidamente oyó otro disparo. Era la señal convenida con Lew. Max Halley regresaba a la cabaña del río Little.

Oyó unos pasos y vio a uno de sus hombres que entraba en la gruta. Entonces dejó a Susan en el suelo y él se puso en pie.

—Cuídala, muchacho.

—¿Y usted, patrón? —preguntó uno de los *cowboys*—. No he terminado mi trabajo. —Hizo una pausa—. Aún he de matar a un hombre.

Luego echó a andar y salió de la gruta.

Abajo, enfundó sus revólveres y montó en la silla, emprendiendo la marcha hacia la cabaña.

Había llegado el gran momento de enfrentarse con un hombre de su talla. Con Max Halley.

CAPÍTULO XI

Max Halley oyó un disparo e inmediatamente detuvo su cabalgadura.

A lo lejos vio la cabaña que su hermano había construido a orillas del Little.

Corrió la mano a la funda y tiró del revólver.

Era media mañana y el sol enviaba rayos cegadores sobre la tierra.

Esperó un rato. Sus ojos se movieron cautelosos. Pero allá, a todo lo ancho de la tierra, no descubrió a nadie. El autor del disparo estaba escondido. Pero la bala no había silbado siquiera a su alrededor. Era como si hubiesen hecho fuego al aire, y en tal caso sólo podía ser una señal.

Tras haber llegado a esta conclusión, sonó otro estampido. Ahora ya estaba preparado para localizarlo y supo que disparaban un par de millas más allá de la cabaña, cerca de la colina.

Sí, no cabía duda, era una señal convenida.

Apretó la culata del revólver y dejó ir su caballo al paso.

Cuando estaba a unas veinte yardas de la casa, vio al hombre. Se hallaba justamente en la ladera y en su mano derecha brillaba un rifle. El desconocido también lo estaba observando.

Max detuvo nuevamente su caballo.

El silencio se adueñó de la tierra.

Max se dijo que aquel jinete lo dejaría en paz. Desde el lugar en que se encontraba podía disparar su rifle de largo alcance contra él, pero allí estaba, quieto, sin moverse una pulgada, como una figura que formase parte del paisaje.

Max relajó los músculos y se mantuvo a la espera.

No. La señora Merriman no había podido convencer a su esposo.

Había llegado el gran momento.

En aquel duelo se iba a decidir no sólo su porvenir, sino el de muchas familias, el de todos aquellos colonos que durante meses habían viajado a través de todos los caminos, soportando las inclemencias del tiempo, en busca de un trozo de tierra donde formar un nuevo hogar.

De repente, oyó un trote y casi de inmediato, cien yardas a la izquierda del hombre que había hecho fuego con el rifle, apareció un jinete.

Max lo observó atentamente.

El individuo detuvo su montura permaneciendo inmóvil como su compañero. También esgrimía un rifle.

Todo volvió a quedar en silencio.

Max miraba a aquellos hombres que parecían estar a la espera, vigilándole a él estrechamente.

Sintió que en su frente se formaban pequeñas gotas de sudor.

Transcurrió un minuto, y, de pronto, oyó otra galopada.

Justamente por lo más alto de la colina vio llegar a un hombre que cabalgaba un potro de gran blancura.

Los hombres levantaron los rifles.

Max vio que los cañones le apuntaban a él y entonces devolvió el revólver a la funda.

El jinete del caballo blanco se detuvo y permaneció un rato mirando hacia la cabaña, a cuyo lado se encontraba Max.

De pronto, movió las bridas y su montura descendió por la ladera.

Max lo vio llegar.

Los rifles siguieron convergiendo en un punto, justamente donde él se encontraba.

El hombre del caballo blanco quedó inmóvil, a unas cinco yardas.

Max observó su cabello rubio y su cara de rasgos enérgicos en el que destacaban los ojos brillantes como trozos de vidrio. Luego, oyó su voz:

—Conque usted es Max Halley.

—Sí, y supongo que estoy hablando con Clifford Merriman.

El ranchero hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Se produjo un largo silencio mientras los dos hombres se

escrutaban atentamente.

—Creí que lo había pensado mejor, Halley —dijo Clifford.

—¿Sí?

—Cuando llegué aquí esta mañana y no lo encontré, creí que usted había decidido largarse.

—Tuve que ventilar un negocio.

—Bien, Halley. Ahora estamos frente a frente. Ya demostró que es usted un valiente. Confórmese con mi felicitación y lárguese de mi tierra.

Halley dejó correr unos segundos, y luego meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Merriman. No puedo marcharme.

—¿No puede o no quiere?

—A pocas millas de aquí se encuentran los colonos que han de ocupar estas tierras.

Empezó a hincharse una venilla de la sien de Merriman.

—Nadie puede ocupar lo que no le pertenece.

Max echó mano al bolsillo superior de la camisa.

—Será conveniente que usted le eche un vistazo a estos papeles.

—No necesito ver ningún papel.

Max interrumpió su movimiento depositando la mirada en el rostro de Clifford.

—Debo advertirle que se trata de unos documentos sellados por el jefe del Servicio de Inmigración de Santa Fe.

—No me interesan.

—Se trata de un funcionario público, señor Merriman, y sus atribuciones le han sido concedidas por la ley.

—Aquí no hay más ley que la mía, Halley.

Max hizo una pausa.

—¿Acaso se cree distinto a los demás, Merriman?

—Es posible.

—Ahí es donde se equivoca, Merriman. Usted es un ciudadano como otro cualquiera. Con una cabeza, dos brazos y dos piernas, y la ley se hace para todos los que vivan en los Estados de la Unión. ¿No es este territorio de los Estados Unidos? Corríjame, si me equivoco.

—Esto es la Pequeña Gales, de Parker Dam.

—¿Alguna nación independiente?

—No lo tome a broma, Halley.

—Eso resulta gracioso saliendo de su boca, Merriman. Es usted quien se chancea de lo más sagrado, del Gobierno, de sus semejantes.

—Escuche, Halley. Hay miles de millas cuadradas al Oeste, a las que ustedes pueden optar.

—Lo sé.

—Estupendo. Sigan adelante y cualquier día encontrarán un lugar que será de su gusto.

—Ya elegimos éste, Merriman.

—¡Y yo le digo que aquí no puede quedarse! —gritó Clifford, con los ojos llameantes.

Sobrevino una prolongada pausa.

—Veo que no existe solución —dijo Max.

—No, no existe —convino Clifford—. Ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

—También es mío.

—Salga al encuentro de sus compañeros y dígales que se les estropeó el negocio. Ellos sabrán comprender.

—No, Merriman. Nuestros papeles están en regla y se refieren a estas tierras. Nos quedaremos.

Los músculos faciales de Merriman se endurecieron.

—¡Maldita sea! ¿Por qué es usted tan obcecado?

—¿Se ha preguntado alguna vez si no es usted quien?

—¡Maldita sea! ¿Por qué es usted tan obcecado?

—¡Déjese de historias, Halley! Yo soy el único dueño de Parker Dam.

—Es demasiado grande para usted, Merriman. Nosotros somos agricultores y usted es un ranchero. No puede temer nada de nosotros. Todos podemos vivir en paz.

—¿Temer yo? —replicó Merriman—. Entérese de una vez. ¡Yo jamás he temido a nadie! ¡Podrían ustedes ser cien y no por ello lograrían convencerme!

—¿Así, qué? ¿No queda más que el duelo?

—No seré yo quien lo rehúya.

—Ahora lo comprendo perfectamente, Merriman. Es usted un condenado orgulloso, un tipo engreído que sólo piensa en sí mismo.

—Cierre la boca, Halley.

—Le duelen las verdades. —Halley sonrió sarcásticamente—. Me hablaron mucho de usted en Santa Fe. Allí le conocen bien.

—Entonces cometió un error viniendo acá, a mi territorio.

—No es suyo. Pero no vamos a empezar otra vez a discutir sobre eso. Es preferible que dejemos hablar a las pistolas.

—Sí, Halley, y acabaremos antes.

—Tenía la esperanza de que esto no fuese necesario.

Clifford sonrió.

—Me parece que es usted quien tiene miedo.

—Se equivoca Lo hubiese querido evitar… por su mujer.

—¿Mi mujer? —Clifford quedó serio, y de pronto recordó el hallazgo del pañuelo por los alrededores de la cabaña—. ¿La conoce, Halley?

—Sí. Es una mujer muy hermosa y poseedora de grandes dotes.

—No necesito que usted me halague, Halley.

—No se trata de halagarle a usted. Sólo quiero ser imparcial respecto a ella. Y le añadiré algo más, Merriman. Usted no la merece.

Los ojos de Clifford se entrecerraron.

—Se está propasando, Halley.

—Quiero dejar las cosas en su punto antes que usted y yo la emprendamos a tiros.

—¿Ya ha terminado?

—No, Merriman, quiero añadirle algo. Usted se ha creído un hombre desgraciado, quizá el más desgraciado de toda la tierra, y no supo darse cuenta de una cosa, de algo que era realmente lo más esencial. Antes de que el destino lo castigase a usted, le concedió la oportunidad de tener a su lado a una mujer extraordinaria que lo quiere a usted desesperadamente, una mujer abnegada que ha sabido perdonarle todas sus fallas.

—¡Basta ya, Halley!

—Ya acabé, Merriman.

—Estupendo. Saque el revólver cuando quiera.

Halley permaneció inmóvil observando a su rival. Finalmente, dijo:

—No va a ser aquí, Merriman.

—No le comprendo.

—Quiero que usted y yo nos enfrentemos en el mismo lugar

donde mató a mi hermano.

Clifford hizo una mueca.

—¿En la Llanura Roja?

—Sí, Merriman. En la Llanura Roja, donde Tony fue arrastrado y golpeado.

—Ya comprendo. Usted cree que asesiné a su hermano.

—Sí, Merriman.

Clifford apretó los dientes.

—No soy un asesino. Peleé con su hermano sin ventajas.

—Después que sus hombres le agotaron haciéndole correr atado al extremo de una cuerda.

—Eso no fue culpa mía. Dos de mis vaqueros lo capturaron y yo no estaba aquí para impedirles que obrasen por su cuenta.

—No puedo creerle.

—Créalo o no, di una oportunidad a su hermano. Pero \o fui más rápido que él.

—No gaste saliva, Merriman.

Clifford observó, con ojos relampagueantes, al hombre que tenía frente a sí.

—De acuerdo, Halley. Se acabo la conversación. Vamos a la Llanura Roja.

—Usted irá primero, Merriman. Luego, le seguiré yo.

Clifford arrugó el ceño.

—¿Será capaz de dispararme por la espalda, Halley?

—Si tiene alguna duda, iré delante.

—Muy bien. Iré yo. ¿Cómo quiere que hagamos el duelo?

—Será a sangre y fuego, Merriman, va que usted lo ha querido así. Primero el rifle y se podrá disparar desde cualquier distancia. Después el revólver, si hay lugar a ello.

Merriman sonrió, mostrando sus dientes.

—¿Y si acabamos con la munición del revólver, Halley?

—Entonces serán las manos.

—Me gusta. Significa que sólo quedará uno vivo.

—No es imprescindible —dijo Halley, y luego añadió—: ¿Quién le dice que no vamos a morir los dos?

Merriman observó a su enemigo en silencio. Meneó la cabeza.

—No, Halley. Sólo usted irá al infierno.

Seguidamente espoleó su cabalgadura, y ésta dio media vuelta y

empezó a correr hacia la colina.

Max Halley permaneció quieto. De nuevo los jinetes del fondo levantaron los rifles apuntándole.

Merriman llegó junto a sus hombres y les habló en voz alta.

—Os quedáis aquí, muchachos. Halley y yo ventilaremos lo nuestro en la Llanura Roja.

Max se dio cuenta de que los vaqueros trataban de disuadir a su jefe, pero Merriman les ordenó callar. Finalmente, el ranchero volvió la cabeza.

—¡Eh, Halley, dese prisa! No quiero esperar mucho tiempo.

—Le concederé cinco minutos de ventaja.

—De acuerdo.

Clifford partió al galope, desapareciendo tras la colina.

Max quedó junto a la cabaña palmeando su caballo que estaba inquieto. Cuando calculó que había pasado el plazo establecido, se puso en marcha.

Los vaqueros habían bajado los rifles y se le quedaron mirando.

Max pasó por entre ellos, y mientras subía por la ladera, esperó un estampido, pero llegó a lo alto y empezó a descender sin que nadie hubiese disparado contra él.

El aire era limpio, diáfano, y allá arriba el sol brillaba en toda su intensidad.

Una gran nube blanca corría desde el Este y eso le hizo recordar a sus compañeros que estarían esperando, y especialmente a Irma, la mujer con quien él debía compartir su vida. Sí, habían sido muchas semanas de viaje y ya habían llegado a la tierra prometida. Pero para tomar posesión de ella, él necesitaba matar a un hombre, a Clifford Merriman.

Levantó la mirada a lo lejos y al fondo vio la Llanura Roja.

CAPÍTULO XII

Vio a Clifford Merriman a cosa de una milla montado en su potro blanco, el rifle en la mano.

Max no detuvo su cabalgadura.

Sólo tuvo que alargar la mano y tirar de la culata del rifle. Se lo echó a la cara y apuntó a la figura de Merriman, haciendo el primer disparo. Supo que había fallado y decidió no volver a apretar el gatillo hasta que estuviese más cerca.

Merriman permanecía impasible sobre la silla.

Por aquella parte, en la atmósfera, flotaba el polvo rojo que el ranchero había levantado a su paso.

El sol se había alzado un poco más y el calor era abrasador.

Max espoleó su montura obligándola a avanzar más aprisa.

Vio cómo Merriman levantaba el rifle, y rápidamente se descolgó hacia un lado, el derecho.

Se produjo el estampido.

Max sintió cómo su animal se estremecía al recibir un impacto en el pecho y soltó una imprecación para sus adentros.

El caballo hundió la cabeza en el aire y empezó a desplomarse.

Max saltó de la silla rodando por el polvo. En la caída perdió el rifle. Se detuvo apoyando las palmas de las manos en la tierra. Vio que el arma había quedado a tres yardas. Empezó a gatear para hacerse con ella, pero en ese instante, Merriman disparó de nuevo.

La bala se hundió en la tierra, a escasas pulgadas de la cabeza de Max.

Miró hacia Merriman y vio que ahora el ranchero espoleaba su cabalgadura para ir a rematarlo.

Si intentaba llegar hasta el rifle, Merriman lo baleada mucho antes de que pudiese servirse de él, pero también recibiría plomo si

se quedaba a esperarlo revólver en mano porque el arma que Merriman esgrimía era de más alcance que el «Colt».

Vio un círculo de piedras a su espalda y rápidamente se puso en pie y echó a correr agachado en busca de la protección que le era necesaria.

Oyó la carcajada de Merriman, y luego su voz jactanciosa:

—Va a ser mucho más fácil de lo que yo esperaba, Halley. ¡Ahí tiene la medicina!

Max se arrojó al aire justamente cuando Clifford dejó oír otra vez a su rifle.

Max oyó el silbido de la bala cuando pasó muy cerca de su cuerpo, luego golpeó otra vez la tierra con sus huesos y cuando logró quedar inmóvil sacó el revólver revolviéndose para hacer frente al ranchero.

Merriman se vio ahora en desventaja porque Halley estaba parapetado entre las piernas, pero su cabalgadura ya estaba lanzada hacia aquel lugar y tuvo que tirar violentamente de las bridas para hacerle cambiar de dirección.

Max lo vio a unas cincuenta yardas y ésa era la mejor oportunidad que se le presentaba desde que se inició el duelo.

Apuntó con el «Colt» a la figura de Merriman e hizo fuego. En el momento de apretar el gatillo, vio por el punto de mira que el ranchero detenía bruscamente su cabalgadura obligándole a levantar las manos delanteras en el aire. De esa forma, Clifford logró que la bala a él dirigida se incrustase en el cuello del animal. El hermoso potro blanco lanzó un relincho y se desplomó. Merriman hubiese quedado irremisiblemente debajo de la silla, si no hubiese saltado a tiempo.

Max lo vio un par de veces al alcance de su revólver mientras corría hacia las piedras, pero el caballo pateaba en el aire y lo cubría rápidamente sirviéndole de escudo.

Una gran ola de polvo rojo se elevó en el aire, restando visibilidad a los dos contendientes.

Merriman llegó a su destino y se dejó caer junto a una gran piedra. Esperó a recuperar el resuello y entonces miró tristemente a su caballo. Debía de sufrir mucho. Le apuntó con el rifle a la cabeza y disparó.

El potro se estremeció violentamente y luego quedó

completamente inmóvil.

El polvo rojo se fue asentando poco a poco.

Merriman miró rabiosamente hacia el lugar en que se encontraba su enemigo.

—¡Mire lo que ha hecho, Halley!

Max no se dejó ver porque sabía que Merriman contaba con el rifle y que al ranchero le bastaría con un disparo para volarle la tapa de los sesos.

—¿De qué protesta, Merriman?

—Ha matado mi mejor caballo.

—¿Y qué ha hecho usted con el mío?

—No puede comparar usted su asno lleno de mataduras con mi «Dick».

—Todo lo suyo es lo mejor. ¿Eh, Merriman?

—¡Maldito sea! ¿Qué hace ahí escondido? ¡Salga, pelee como los hombres!

—Venga a por mí, Merriman.

—¿Qué le pasa? ¿Ha perdido las ganas de lucha?

—Todo lo contrario, Merriman. Si antes tuvo alguna posibilidad de que yo me apiadase de usted, ahora la ha perdido.

—¿Apiadarse de mí? Ése es el mejor chiste que he oído en mi vida.

—Ríase todo lo que quiera, Merriman, pero realmente eso es lo único que usted me inspira. Pura lástima.

Clifford sintió que la ira le corroía el pecho.

—¡No diga eso, bastardo!

Max Halley respondió:

—Usted se cree muy temible, Merriman, un tipo único que podrá tener indefinidamente su Pequeña Gales porque le bastarán sus armas para obligar a la gente a mantenerse alejada de sus fronteras.

—Lo he conseguido hasta ahora y así seguirá ocurriendo.

—Sólo es un hombre que rezuma odio por todos sus poros. Quiere hacer pagar a la Humanidad el castigo que el cielo le impuso a partir de aquel día en que un hombre lo baleó en un hotel de Laredo.

—No es eso.

—Sí, Merriman, y usted también lo sabe. Se repite una y otra

vez que su forma de actuar se debe a que quiere conservar la gran obra de su padre, pero la realidad es otra. Se siente empequeñecido porque su casta se extinguirá con usted, porque lo que considera su imperio, la Pequeña Gales, no podrá ser heredada por nadie que se llame su hijo.

—¡Cállese, maldito sea!

—Escuche su conciencia, aunque sólo sea un minuto, Merriman.

Clifford apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Sus ojos estaban fijos en la roca tras la que Halley se guarecía.

—¡Yo seré quien le cierre la boca para siempre, Halley!

—Aunque así lo hiciese, usted no ganaría nada, Merriman. Seguirá siendo un pobre desgraciado.

Clifford lanzó un rugido y empezó a disparar el rifle una, dos veces.

Los proyectiles golpearon contra la roca, saliendo rebotados.

De repente Merriman agotó las municiones del arma.

Entonces, Max se dejó ver tras la piedra y disparó su «Colt».

El plomo golpeó contra la culata del rifle, casi junto al gatillo y la violencia del impacto fue tan grande que Merriman se desplomó hacia atrás lanzando una exclamación.

Quedó tendido en el suelo y rápidamente extrajo el revólver por si Halley se decidía a salir de su escondite en su busca.

Pero Max no quiso jugar con su suerte y quedó en el lugar que ocupaba.

Merriman alcanzó el rifle y se dio cuenta de que había quedado inservible. Luego, oyó la voz de Halley.

—¿Está herido, Merriman?

—No, sólo me ha estropeado el rifle.

—Pensaba sugerirle que se rindiese.

Clifford soltó una carcajada nerviosa.

—¡Usted está loco, Halley! ¡No me rendiré a usted ni con cinco balas en el cuerpo!

—Quizá no haya necesidad de gastar tantas.

—Venga acá, Halley, y le daré mi respuesta.

—No me puedo fiar cíe usted, Merriman. Disparó contra mí cuando me quedé sin rifle.

—Ya había empezado el duelo.

—Sí. Por lo que veo, para usted no existen reglas. Todo vale.

—¡Maldita sea! Cuando dos hombres se enfrentan a muerte, no pueden estar haciéndose galanterías. Uno de los dos está de sobra. Es mejor acabar esto cuanto antes.

—Yo no tengo ninguna prisa, Merriman, y si es cuestión de aprovechar todas las ventajas, esperaré a que a usted se le vayan rompiendo los nervios.

Clifford apretó el puño con fuerza. Aquel condenado de Halley pertenecía a una clase de hombres distintos a los que él se había enfrentado hasta ahora. Tendría que echar mano de todos sus recursos para vencerlo. Apoyó la espalda en la roca y empezó a pensar en la forma de obligar a Max Halley a salir de su escondite.

El sol estaba llegando a su cénit.

De pronto, Merriman oyó un ruido y miró rápidamente hacia el refugio de Halley. Lo vio avanzar corriendo con el revólver en la mano disparando una y otra vez. Entonces comprendió su treta. Lo había confiado y ahora se disponía a ultimarlo, pero por fortuna para él, lo había descubierto a tiempo.

Se agachó rápidamente, dejándolo que se acercase. Eso era lo mejor. Cuando estuviese a punto de llegar junto a las piedras, le metería un par de balas en la barriga.

¡Ahora!

Empezó a enderezarse, y de pronto vio que Halley se había lanzado en el aire sobre él.

Disparó a quemarropa, pero Max había logrado alcanzarle por la muñeca un segundo antes y el proyectil se perdió en el aire.

Los cuerpos entrechocaron viniéndose abajo.

Max había agotado las municiones de su «Colt» en la carrera, y por ello, en último instante, tuvo que decidirse a saltar sobre su enemigo antes de que éste tuviese oportunidad para liquidarlo. Ahora aferró la muñeca armada del ranchero y le hizo girar violentamente.

Clifford dejó caer el revólver, pero inmediatamente golpeó con la rodilla en el vientre de Halley, el cual había quedado encima de él, después de dejar de rodar.

Max salió lanzado hacia atrás, y Clifford aprovechó el momento para desenfundar el revólver de la otra funda.

Halley había quedado sin armas porque el revólver que tenía de reserva había resbalado de su funda al caer en el suelo. Observó la

sonrisa de Clifford mientras éste tiraba del revólver y entonces le soltó un patadón en la mano.

El «Colt» voló por el aire.

Clifford lanzó un rugido y saltó sobre Max atrapándole por el cuello.

Halley, bajo el peso de su rival, golpeó la cabeza contra una piedra y se quedó aturdido. Clifford empezó a apretar sus dedos.

Halley sintió que el aire huía de sus pulmones. Se estaba ahogando. Abrió las fauces para tragar una bocanada de aire, pero resultó inútil.

Observó la cara de Clifford, los dientes apretados por el esfuerzo que estaba realizando.

Él también aunó todas sus energías. Levantó el brazo y descargó el filo de la mano sobre el cuello del ranchero.

Clifford lanzó un grito que pareció de agonía y se desplomó sobre el polvo.

Max estaba a punto de perder el conocimiento. Al quedar libre, llevó a sus pulmones el oxígeno que necesitaba. Empezó a incorporarse y entonces descubrió que Merriman también se estaba poniendo en pie trastabillando, el rostro cárdeno, porque el golpe que le había obligado a abandonar su presa también había estado a punto de ahogarle.

Ambos estaban llenos de sudor y de polvo, respirando entre jadeos.

Clifford echó atrás el brazo y descargó el puño en la cara de Halley, el cual cayó otra vez sobre la ardiente tierra.

Clifford soltó una carcajada de triunfo y echó a andar hacia el revólver.

Capítulo XIII

Susan volvió en sí, y todavía aturdida, recordó el momento en que Joe Casey la golpeó para evitar que ella avisase a su marido.

—¿Se encuentra ya bien, señora Merriman? —Oyó de pronto una voz.

Levantó la mirada y vio cerca de ella a Bill O'Connell, uno de los vaqueros del rancho.

Frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí, Bill?

Y de pronto, recordó haber visto al muchacho en compañía de Clifford cuando se internaban por el cañón.

—El patrón me dijo que me quedase a su lado, señora Merriman.

Susan sintió un estremecimiento.

—¿Dónde ha ido él?

—Se marchó en busca de ese tipo de la cabaña, de Max Halley.

Cerró los ojos mientras sus labios se movían en una plegaria. Todo aquello quería decir que Clifford se había desembarazado de Casey.

De todas formas, le preguntó:

—¿Y Joe?

El vaquero guardó silencio sin dejar de mirarla. Y ésa fue una clara respuesta.

—¡Oh, Bill! Hemos de impedir ese duelo entre mi marido y Halley —exclamó.

—Lo siento, señora Merriman, pero eso no es cuestión mía.

—Tienes que ayudarme. Hemos de ponernos en camino hacia la cabaña.

El vaquero se rascó junto a una oreja.

—El señor Merriman no me dijo nada a ese respecto. Sólo dijo que tuviese cuidado de usted.

—Escucha, Bill. Mi marido está en peligro. Hemos de salvarlo.

Bill sonrió.

—No tiene por qué preocuparse acerca de su esposo, señora Merriman. ¡Diablos! No me gustaría estar en el pellejo de Max Halley.

Susan meneó la cabeza.

—No quiero que ocurra ninguna muerte, Bill.

—No la comprendo, señora Merriman. Ese hombre, Halley, ocupó las tierras de ustedes sin ningún derecho.

—No quiero discutir contigo acerca de si Halley tiene o no derecho a permanecer en las tierras bajas. Sólo pretendo evitar que cualquiera de los dos muera. Tienes que dejarme tu caballo, Bill.

El vaquero titubeó unos instantes.

—Si yo le obedezco a usted, luego el patrón me ajustará las cuentas.

—Descuida, Bill, yo asumo toda la responsabilidad.

—Está bien, señora Merriman. Pero recuerde que yo no quise dejarla ir.

Susan salió de la cueva, y, de repente, se detuvo al ver el cadáver de Casey. Luego descendió por la ladera y montó en el caballo de
O'Connell.

Salió del Cañón del Esqueleto y cabalgó en dirección al rió Little.

De súbito, oyó un estampido. El corazón se le encogió en el pecho. Cuando llegase a la cabaña sería demasiado tarde. Espoleó a su cabalgadura sacando el máximo partido de ella. Cuando llegó a lo alto de la colina desde la que se dominaba la casa de los Halley, quedó asombrada al ver que allá, junto a la orilla, había un grupo de carros. Algunos hombres estaban haciendo fuego contra dos jinetes que estaban junto a la cabaña. Reconoció a uno de éstos.

—¡Lew! —gritó—. ¡No dispare!

El vaquero volvió la cabeza y se quedó en suspenso observando a la mujer de su patrón.

Los revólveres de los carros también enmudecieron.

Entonces, Susan descendió por la ladera y se detuvo cerca de

Lew y del otro vaquero.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó.

Lew, el ceño muy arrugado, no pudo resistir la mirada que le dirigía la joven.

—Se fue.

—¿Adónde, Lew?

—No lo sé.

—Lo sabes perfectamente, Lew.

—Oiga, ¿por qué no le pregunta a Donnald? —dijo Lew, señalando a su compañero.

Éste empezó a rezongar algo por lo bajo.

En aquel instante, un hombre barbudo se apartó de uno de los carros y echó a andar hacia la cabaña. Detrás de él, caminaba una joven rubia.

Lew dijo:

—Atención a ese chivo que se acerca, Donnald.

—¡Enfundad las armas! —ordenó Susan.

Los dos vaqueros la miraron con perplejidad y fue Lew quien habló.

—Son los amigos de Halley. Llegaron hace un tato y nosotros fuimos a convencerles para que se marchasen, pero ahí se quedaron.

El hombre de la barba se detuvo muy cerca y se quitó el sombrero.

—Mi nombre es Lawrence Kauman —se presentó, fijando la mirada en Susan—. Supongo que es usted la mujer de Clifford Merriman.

Susan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Kauman prosiguió:

—Hemos venido por Max Halley.

Lew soltó una risita.

—Pues se lo va a llevar lleno de agujeros, compadre.

La joven rubia lanzó un grito ahogado. Kauman se volvió hacia ella y le pasó un brazo por los hombros.

Susan observó a la muchacha.

—Usted es la prometida de Max Halley.

—Sí, señora Merriman —asintió la muchacha—. Max nos ordenó que no nos acercásemos por aquí, pero el señor Kauman, nuestro jefe, lo ha pensado mejor y decidió que viniésemos para llevarnos a

Max.

Kauman volvió la cabeza.

—Sí, señora Merriman. Queremos renunciar a estas tierras. Seguiremos buscando un lugar donde establecernos.

Sobrevino un gran silencio. Susan estaba realmente emocionada. De pronto, volvió la cabeza hacia los vaqueros.

Me vais a decir ahora mismo adonde ha ido mi marido con Max Halley.

Los peones se miraron sin responder.

—¡Os lo exijo! —exclamó Susan.

—De todas formas, no va a llegar a tiempo, señora Merriman —dijo Donnald
O'Connell
—. Hace mucho rato que se fueron. A estas horas sólo vivirá uno de los dos para contarlo.

Susan sintió que su espalda era recorrida por un escalofrío.

—¿Hacia dónde fueron? —repitió.

Donnald miró a Kauman y a la muchacha rubia que éste amparaba contra sí, y, finalmente, depositó los ojos en la cara de Susan.

Se largaron a la Llanura Roja. Pero será mejor que no se meta usted en eso, señora Merriman. Ya conoce a su marido. Se pondrá muy furioso si usted va allá. Quiso ir solo y nos obligó a que esperásemos su orden.

Susan volvió la cabeza hacia el camino que conducía a la Llanura Roja. De pronto, se oyó un estampido lejano y luego otro.

Todos quedaron sobrecogidos escuchando el tiroteo.

Susan inclinó la barbilla sobre el pecho diciéndose que de nada habían valido sus esfuerzos. Clifford, o Max Halley, quedaría tendido sin vida en tierra. Y hasta era muy posible que ambos muriesen.

De pronto, cesaron los disparos, y entonces ella levantó la cabeza con los ojos muy abiertos, porque aquel silencio sólo quería decir que el duelo había acabado.

Irma, incapaz de contener su emoción, se cubrió el rostro con las manos mientras sollozaba.

Los labios del viejo Kauman se movieron casi imperceptiblemente.

Lew sacudió la cabeza.

—Eso ya acabó —dijo.

O’Connell
emitió una risita.

—Sí, ya terminó y apuesto a que es el patrón el que se cargó a Max Halley.

—¡Cállate! —gritó Susan—. ¿Cómo podéis ser tan sanguinarios?

O’Connell
bajó los ojos avergonzado.

Lew se mojó los labios con la lengua, y dijo:

—Será mejor que nos acompañe, señora Merriman. Su marido regresará al rancho.

—¿Quién te dice que va a regresar al rancho? ¿Y si fuese él el muerto? —Susan se mordió el labio inferior con fuerza—. ¿Quién lo puede asegurar, Lew? Siempre ganó Cliff, pero un día y otro me he repetido que llegaría el momento en que a él le tocase perder.

Sobrevino otro largo silencio. Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas.

—Y sólo Cliff sería culpable de su destino. Sólo él.

De pronto, resbaló de la silla y se desplomó sobre la hierba, donde quedó sin sentido.

Lew saltó de la montura rápidamente y se acercó a Susan.

—¡Señora Merriman! ¿Qué le ocurre, señora Merriman?

El viejo Kauman se acercó también y dijo:

—Déjeme, vaquero.

Lew miró al anciano.

—¡No la tocará usted, maldito colono!

Kauman habló con mucho reposo.

—Además de colono, soy médico, vaquero.

Lew frunció el entrecejo escrutando el rostro del hombre que tenía ante él. Finalmente, meneó la cabeza.

—Está bien, abuelo. Si usted es médico, eso hace cambiar mucho las cosas.

Kauman se agachó sobre Susan Merriman, cuya cara estaba completamente blanca mientras su pecho se agitaba convulsivamente.

CAPÍTULO XIV

Max Halley se incorporó precisamente cuando Clifford estaba agachándose para coger el revólver. Rápidamente, se dirigió hacia él y le descargó un puñetazo entre la oreja y el cuello.

El ranchero lanzó un grito mientras caía, pero aun así, sus dedos pudieron aferrar el revólver y se fue con él rodando por el suelo.

Max fue tras él y le soltó un patadón en la mano armada. El «Colt» voló otra vez por los aires.

Ahora los dos hombres se contemplaron concediéndose un descanso porque ambos estaban agotados, en el límite de sus fuerzas. Max, de pie, y Clifford, un poco más allá, de rodillas en la tierra.

—Escúcheme un minuto, Merriman —dijo Halley.

—¿Qué es lo que quiere que le escuche?

—He pensado que quizá le preocupa a usted el agua del río para su ganado.

—¿Qué pasa con el agua del río?

—Le prometo que siempre tendrá suficiente para sus reses. Me informé en Santa Fe a ese respecto. Me dijeron que el Little baja de las montañas y que las aguas de su cauce proceden en su mayor parte del deshielo de las cumbres. Nadie ha conocido al Little sin agua, ni aun en las peores épocas de sequía.

—¿Ya terminó?

—Creo que es una garantía suficiente para usted el que nosotros no entorpeceremos a su ganado.

Clifford soltó un salivazo sobre el polvo.

—¿Cree que es eso lo que me preocupa?

—¿Qué es entonces, maldita sea?

—Nunca me doblegaré ante los colonos. Jamás consentiré que

nadie ocupe una tierra que me pertenece.

—¿Qué clase de locura es la suya, Merriman? —Hizo una pausa —. Pero yo lo sé, es su condenado orgullo que le hace no ver las cosas tal como son.

Clifford se puso en pie.

—Yo le hago otra oferta, Halley.

—Hable.

—Retírese ahora que puede.

—Supongo que se refiere a que me marche con mis compañeros, a que renuncie a las tierras que legalmente nos han sido concedidas.

—Exactamente.

—Nunca conseguirá eso de mí, Merriman.

Clifford meneó la cabeza.

—Entonces lo siento por usted porque es aquí donde va a acabar su historia.

Respiró profundamente y se abalanzó sobre Halley, lanzándole una lluvia de puñetazos. Max logró bloquear los dos primeros, pero luego los nudillos del ranchero se incrustaron en su frente y retrocedió tambaleándose, a punto de caer. Clifford fue tías él y aunó todas sus fuerzas para rematarlo, pero Max alargó el brazo izquierdo y logró golpearle en la boca partiéndole el labio superior.

Clifford soltó una maldición.

Los dos hombres empezaron a intercambiar golpes y cada vez lo hacían más despacio. Parecía como si se hubiesen puesto de acuerdo. Cada vez le tocaba recibir a uno de ellos. Primero daba en el blanco Max y luego le llegaba el turno a Clifford. Y el sol estaba en lo alto iluminando aquella escena, rodeado de un halo de blancura lechosa.

Pero fue Clifford quien dio el golpe decisivo en el mentón de Halley, y éste se abatió, una vez más, en el polvo y quedó moviéndose, pero sin tener fuerzas siquiera para levantarse.

Las piernas de Clifford tampoco lo pudieron mantener en pie y se dejó caer en el polvo y se quedó observando a Halley.

Bien, ya tenía a su enemigo vencido. Ahora sólo era cuestión de rematarlo y eso sería la mar de sencillo. Buscaría uno de los revólveres y dispararía sobre aquel tipo, Max Halley, que no había querido atenerse a razones.

No, no sería un asesinato. Se habían retado en un duelo a

muerte, y si en un principio no pudieron decidir el torneo mediante los rifles y los revólveres, por fin habían sido los puños los que determinaron el triunfo de uno de ellos. Y ése había sido él, Clifford Merriman.

Sí, todo estaba muy claro. Sólo tenía que dar con un revólver.

Habían levantado mucho polvo rojo y eso impedía ver con claridad lo que había sobre la superficie de la tierra. ¡Infiernos! ¿Dónde estaban los «Colt»?

Observó otra vez a Max Halley. Ahora estaba inmóvil, cara al cielo, pero no estaba muerto, porque su pecho subía y bajaba al compás de su respiración.

Gateó a su alrededor tanteando con las manos en busca del arma con que debía matar a Halley. No estaba por allí.

Siguió buscando, mientras soltaba imprecaciones por lo bajo.

Trató de recordar el lugar en donde Halley le había propinado el último puntapié. Sí, había sido un poco más a la derecha. Avanzó más aprisa. Sentía que el sudor le resbalaba por la cara y se le metía por el pecho. Su camisa estaba empapada, adherida a la piel.

Aquel condenado revólver… Se sintió poseído por una gran ira. Pero ahora, poco a poco, el polvo rojo se había ido depositando en el suelo.

Y, de pronto, lo vio a unas diez yardas y entonces comprendió que estaba a tanta distancia, no porque el «Colt» se hubiese movido, eso era imposible, sino porque ellos, Halley y él, se habían alejado mientras luchaban.

Se puso en pie, riendo entre jadeos.

Fue acercándose dando traspiés, tambaleándose, hasta donde estaba el «Colt».

Se agachó y su mano se cerró sobre la culata. Pero de pronto, tuvo que abrirla porque el acero le quemó los dedos.

Sacó el pañuelo y tomó el arma sin quemarse.

Entonces se volvió lentamente.

Vio a Halley corriendo a lo lejos, pero apenas podía tenerse en pie. Ahora se derrumbó, pero en seguida se enderezó de nuevo y siguió avanzando, alejándose de él.

Soltó una carcajada.

—¿Qué te pasa, Halley?

Max no interrumpió su carrera.

Clifford se dijo que le podría tumbar fácilmente desde aquella distancia. Tiró el pañuelo al suelo porque ya la culata se había enfriado algo, puso el dedo índice en el gatillo y levantó la mano. Peto entonces se dio cuenta de que estaba tembloroso. ¡Diablos! Nunca le había pasado antes de ahora. Tendría que correr sobre Halley para asegurarse que no fallaría.

—¡Eh, Halley! —gritó otra vez—. ¡Espérate!

Max siguió corriendo.

Entonces, Clifford avanzó muy aprisa, cada vez más rápido.

La distancia que los separaba fue disminuyendo poco a poco.

—¿Dónde vas, Halley? —gritó.

Max tropezó de pronto contra una piedra y se desplomó de bruces sobre el polvo.

Ahora ya no intentó levantarse. Clifford también se detuvo a unas diez yardas del joven.

—Querías robarme, ¿eh, Halley? ¡Tú y los tuyos! ¡Pero yo soy Clifford Merriman! ¿Lo oyes? ¡Merriman!

Halley se volvió, pero no vio a nadie frente a sí, sólo una gran blancura, y supo lo que había pasado. Estaba cegado por el sol. Había permanecido demasiado tiempo boca arriba. Pero se equivocaba Merriman si esperaba de él que le pidiese por su vida.

—¡Anda, Merriman, lira de una vez!

—Sí, Halley, y va a ser ahora —dijo Clifford, mirándolo muy fijamente.

—Muy pronto te llegará el turno, Merriman.

—¡Nunca!

—Ocurrirá inevitablemente. Hombres de todas las razas y de todos los pueblos vienen hacia el Oeste. Y tú no podrás contenerlos, Merriman. Porque, entérate de una vez. Sólo eres un tirano, un déspota. Y algún día los hombres libres acabarán contigo.

—¡Ya has dicho bastante, Halley! —exclamó Clifford, rabioso, y apuntó con el revólver al cuerpo de Halley—. Te ganaste una buena ración.

De repente, una voz rasgó la atmósfera.

—¡No, Clifford!

Merriman volvió la cabeza como si hubiese sido picado por un escorpión, y, asombrado, vio avanzar sobre un caballo a Susan.

La joven saltó de la silla y corrió hacia su marido, el cual giró de

repente hacia Halley, listo para apretar el gatillo.

Susan se abalanzó sobre él y le cogió el brazo armado.

—¡No dispares, Clifford!

Merriman la apartó de un empellón y ella cayó al suelo.

—¡Tengo que matarlo por lo que representa! Lo odio, Susan. ¡Son ladrones de tierras! ¡Y es a nosotros a quienes nos quieren robar!

Susan lo miró, las mejillas llenas de lágrimas.

—Voy a tener un hijo tuyo, Clifford —dijo.

Merriman iba a disparar ya sobre Halley, y, de pronto, la miró otra vez.

—¿Qué dices, Susan?

—Voy a tener un hijo tuyo.

—¡Estás mintiendo! —exclamó Merriman, con los ojos muy abiertos.

—No, Clifford. Es verdad.

—¿Es que me quieres volver loco? ¡Yo no puedo tener hijos! ¡No puedo! —De pronto, se quedó inmóvil mientras seguía mirándola—. ¡Ya comprendo! Quieres salvarlo. Y estás dispuesta a hacerlo a costa de ésa superchería. ¡Pero yo sé que eso es imposible!

—Me ha visto un médico antes de venir aquí, Clifford.

—¿Un médico? Tú lo has soñado. No hay ningún médico en cincuenta millas a la redonda.

—Es uno de los colonos que vienen con Halley. Se llama Lawrence Kauman. Cuando recobré el sentido me fui a la cabaña en tu busca y allí me desmayé. Ese doctor, Kauman, me examinó. Él lo dijo sin temor a equivocarse. ¿Lo comprendes, Clifford? ¡Tú y yo vamos a tener un hijo!

Merriman había quedado inmóvil, las fauces abiertas.

—¿No me estás mintiendo, Susan?

—Te juro que no.

—No puede ser.

—Sí, lo es. El doctor de Laredo se equivocó. Habrá un nuevo Merriman. —Susan reía llorando—. Y otros muchos Merriman, si tú quieres.

Clifford sintió que las lágrimas le picaban en los ojos.

Su mano que se cerraba sobre el revólver se abrió, y el «Colt» cayó al suelo, y de repente, hincó las rodillas en el suelo, y

abrazándose a Susan, hundió su cara en el pecho de ella y sus hombros se estremecieron porque estaba llorando.

Max Halley se puso en pie. El telón blanco que tenía ante sus pupilas se fue rompiendo poco a poco y entre aquellos pedazos vio a Irma, su prometida, precisamente cuando ella descendía de un caballo.

Luego la vio venir hacia él, y los dos se abrazaron besándose en la cara como si hubiesen transcurrido muchos años desde la última vez que lo hicieron.

—¡Halley! —Oyó que le llamaba Clifford.

Giró la cabeza y vio al ranchero y a su mujer de pie, rodeándola él por la cintura.

—Le escucho, Merriman.

Clifford se humedeció los resecos labios con la lengua. En su cara de rasgos enérgicos se fundían el sudor y las lágrimas con el polvo rojo.

—Ocupen las tierras bajas. Son de ustedes.

Los dos hombres permanecieron un rato mirándose. Luego, Halley hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y sonrió.

—Sí, Merriman.

Y entonces Susan echó los brazos al cuello de su marido y lo besó en la boca.

FIN